

La restauración de la Casa de Dios en el libro de Esdras



Varios autores

Conferencia de Invierno 2017 en Stuttgart

laiglesiaenmalaga.es

Traducido del original en alemán:

Der Wiederaufbau des Hauses Gottes

www.Gemeinde-Stuttgart.de

© LA IGLESIA EN MÁLAGA www.laiglesiaenmalaga.es

La restauración de la Casa de Dios en el libro de Esdras

I. La visión central de Cristo y la edificación de la iglesia

(Mt. 16:13-28)

“Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mt. 16:15-18).

Amamos la Biblia y la valoramos de principio a fin como la Palabra eterna e inmutable de Dios. Ella nos relata muchas cosas y, sin embargo, tiene un centro, al que todo está dirigido. Cuando el Señor Jesús y Su Padre celestial revelaron Su misterio a los discípulos en Mateo 16, quedó claro a qué se dirige toda la Palabra de Dios y la obra del Señor Jesús: se trata de Cristo y de la edificación de Su iglesia, de la morada de Dios entre los hombres.

A. Dios quiere vivir entre y dentro de las personas

Dios quiere vivir entre los hombres. Este fue Su deseo desde el principio, con este propósito eligió a un pueblo, y le dio a conocer a Moisés todos los detalles de cómo debía ser Su morada, el tabernáculo, que ellos erigieron para Él durante su peregrinaje por el desierto:

“Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis” (Ex. 25:8-9).

Más tarde, en la buena tierra, el rey Salomón edificó un templo glorioso, pero debido a su desobediencia e idolatría, Dios hizo que este edificio y Jerusalén fueran destruidos y condujo a Su pueblo a un cautiverio de 70 años en Babilonia. Cuando este tiempo se cumplió, Dios despertó el espíritu del rey persa Ciro, que proclamó en todo su reino:

“Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén. Y a todo el que haya quedado, en cualquier lugar donde more, ayúdenle los hombres de su lugar con plata, oro, bienes y ganados, además de ofrendas voluntarias para la casa de Dios, la cual está en Jerusalén. Entonces se levantaron los jefes de las casas paternas de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes y levitas, todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios para subir a edificar la casa de Jehová, la cual está en Jerusalén” (Esdras 1:3-5).

Así pues, el templo fue reconstruido a pesar de muchas dificultades externas e internas, como se informa en los libros históricos de Esdras y Nehemías y en los profetas Hageo, Zacarías y Malaquías.

Luego vino Jesucristo, el primer hombre en quien Dios habitó. Un día profetizó acerca de Su propio cuerpo ante el templo espléndidamente agrandado por Herodes: *“Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”* (Jn. 2:19). Murió en la cruz, donde también expió nuestro pecado; al tercer día resucitó de entre los muertos y sopló Su espíritu en los discípulos. A partir de entonces, todos los que se arrepintieron, creyeron en Él y fueron bautizados, recibieron el Espíritu Santo, y nació la iglesia en Jerusalén. Ahora bien, Dios no sólo habitó entre los creyentes, sino en ellos. La iglesia es hoy la casa del Dios viviente (1 Tim. 3:15) y será la morada de Dios en la eternidad.

“Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Ap. 21:2-3).

Que el Señor nos conceda misericordia para que siempre tengamos ante nuestros ojos la visión central de Cristo y de la iglesia y no nos perdamos en las calles adyacentes.

B. De la revelación de Cristo a vivir a través Él

(Mt. 16:15-16; 1 Juan 4:9)

Jesucristo vino a esta tierra para mostrar quién es Dios en realidad, no sólo en lo que enseñó, sino en lo que vivió. Antes de ser crucificado, llevó a Sus discípulos a Cesarea de Filipos, al norte de Israel, y les preguntó: *“¿Qué dicen los hombres sobre mí?”*. Los discípulos conocían las diferentes opiniones de la gente: Él es Elías, Jeremías o alguno de los profetas (Mt. 16:13-28). Cada uno tenía su propia opinión - como hoy: No hay persona

que suscite tantas opiniones como Jesucristo. Entonces le preguntó a Sus discípulos: “¿Quién decís que soy yo?”. Pedro le respondió espontáneamente: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Jesús le respondió: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”.

Ahora vamos a hacernos la pregunta: ¿Quién creemos nosotros que es Jesús? No importa si podemos hacer una declaración de fe, sino si Dios nos ha revelado algo. Esta es la contradicción entre la opinión (o conocimiento) y la revelación, sobre la cual debemos tener claridad. En nosotros también existen estas dos áreas: nuestra alma con la opinión humana y, después de nuestro nuevo nacimiento, el espíritu vivo a través del cual recibimos la revelación del Padre. Es por eso que nos ejercitamos en seguir al Espíritu y obtener revelación de Él. Esto determina nuestra vida personal y, como resultado, la vida de la iglesia. Pedro tuvo una revelación fundamental acerca de Jesucristo. Cada uno de nosotros debería recibir al menos una revelación así. En confianza, tomo a Jesucristo en mi vida y le dejo reinar en mi corazón. Confío en Él más que en mí mismo. Tal como lo conocimos al principio, así debe continuar. ¡Confía siempre en el Señor más que en ti mismo (o en tu propia opinión y juicio)! Sólo Él tiene la visión completa y la sabiduría, y sabe mejor que tú lo que es bueno para ti y para los demás.

Ya hemos escuchado mucho acerca de Cristo y la iglesia, y sabemos muy bien estos versículos en Mateo 16, pero cuando los leí recientemente, se volvieron completamente nuevos para mí otra vez. Esta es también la esencia de la Palabra de Dios, la cual es espíritu y vida. Si estamos vivos en el espíritu, la Palabra se nos abre una y otra vez de una manera completamente nueva. Aquí Jesús muestra el contraste entre la opinión y la revelación. Es por eso que nos alejamos del conocimiento y la opinión y nos extendemos hacia la revelación divina. Tal vez podrías preguntar: ¿Cómo obtengo la revelación divina, no siento nada? La revelación no es tan fácil de definir, pero en el momento de la revelación sé que no vino de mí, sino del Señor, que es algo nuevo que ha ocurrido en mi vida. Esto debería suceder a menudo cuando mi relación con el Señor es viva y clara. Cuando mi corazón está limpio y vengo a la Palabra, la luz brilla – eso ya es una pequeña revelación. Vivimos de revelación en revelación, de la luz del Señor, luz a través de la Palabra, luz en la comunión que compartimos unos con otros – ¡Allí se revela el Señor! Este es el privilegio de todo cristiano nacido de nuevo, y todos deben aprovecharlo. Cualquiera puede ir al Señor y decirle: “¡Señor, dame revelación, y si no la veo, abre mis ojos!”. Si no recibimos revelación por algún tiempo, entonces ¡vengamos rápidamente al Señor! ¿Llevas medio año sin revelación? No debemos permitir que eso

sucedan: El Señor está aquí, y tengo un espíritu que ha nacido de nuevo. Si algo me bloquea, debo volverme al Señor, arrepentirme: “¡Señor Jesús, muéstrame, háblame otra vez, revélame de nuevo!”. Ora, toma quizás contigo a dos hermanos más y ora, entonces Él te dará revelación.

Cada revelación tiene un efecto en nuestras vidas

El Señor no se detiene, le gusta revelarse - en realidad: ¡A Dios le gusta revelarse a Sí mismo! ¿Por qué somos tan perezosos para esperar esta revelación? Si continuamente no tenemos nuevas experiencias y revelación del Señor, llegará el momento en que nos gustarán otras cosas, mundanas o religiosas, ¡más que el Señor! La revelación del Señor debe ser determinante en mi vida. Es por eso que necesito siempre tener una comunión nueva con el Señor. Sólo piensa: es el Dios del cielo y de la tierra, el Dios Salvador, y tienes una experiencia con Él, ¡tienes que alegrarte! No esperes hasta que venga un gran predicador para hacer un nuevo comienzo, así no es como el Señor va adelante.

El Señor quiere constantemente despertar tu espíritu tu comunión personal con Él. Si siempre necesitas a alguien que te despierte, que te “dé algo”, nunca crecerás en la vida. Tal vez no tengamos tantos predicadores “motivadores” entre nosotros, ¡pero todos tenemos un espíritu que podemos despertar nosotros mismos! Lo aplicamos, tocamos al Señor con Él, recibimos la revelación a través de Él y aprendemos a discernir qué es y qué no es del Señor.

Hermanos, cada revelación tiene un efecto en nuestras vidas, ¡cada revelación! Por eso es tan importante lo que escribe Pablo, que todos seremos transformados a Su imagen.

“Por tanto, nosotros todos” - esto nos concierne a todos nosotros, es una promesa – “mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.

Y antes de esto escribe: *“Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará. Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”* (2 Co. 3:16-18).

Normalmente cuando leo la Palabra a diario tengo revelación acerca de mí mismo. A menudo recibo una corrección. Si algo me habla, me lo tomo en serio. No lo hago sólo para decir que algo me tocó, eso no es suficiente. Esa es la Palabra de Dios para mí, y no puedo ignorarla. También escribo, en la reunión marco donde el Señor me habla y trabajo con Él en ello. Quiero obedecerle sin demora. El Señor me guía por Su Palabra. Si ve que voy en

serio, me dará más revelación. Pero cuando trato vagamente con la Palabra del Señor, en las Escrituras y en la iglesia (cuando tengo tiempo leo algo...), no tengo mucha revelación ni progreso. Pero si tomamos en serio la Palabra, trabajamos con ella, venimos al Señor, buscamos la comunión con los hermanos - el Señor es muy rico. ¿Es esto algo nuevo para nosotros?

Nacemos de nuevo por el Espíritu de Dios en nuestro espíritu. Saber esto ya es un gran privilegio, y por eso debemos transmitirlo. Hay algo que realmente nos hace avanzar: ¡Cristo en nuestro espíritu! Seguir sólo la mente no nos va a ayudar. Ahora he nacido de nuevo y tengo el Espíritu en mí, esto es lo más importante - no el universo o la tierra (no las llamadas, las noticias...). Señor Jesucristo, muéstrame mi espíritu, ¡despierta mi espíritu!

Sólo el Señor y la revelación acerca de Él es la roca

Pedro pronunció lo que el Padre le había revelado: *“Tú eres el Cristo, hijo del Dios viviente”*. (Deberíamos hacer eso también).

Entonces el Señor le agregó una segunda revelación:

“Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mt. 16:16-18).

Así, indicó que Pedro estaba en el buen camino para convertirse en una piedra - Pedro significa piedra. Esto fue una profecía para el futuro y por supuesto no el nombramiento de Pedro como Papa, para que la iglesia fuera edificada sobre esta roca. Esta roca no puede ser un hombre, sólo Dios es la roca:

“Jehová, roca mía... Porque ¿quién es Dios sino sólo Jehová? ¿Y qué roca hay fuera de nuestro Dios?” (Salmos 18:2,312) - Tampoco lo era Simón Pedro, él tampoco era una piedra en este tiempo, porque aún no había nacido de nuevo con el Espíritu prometido. Pedro todavía tenía que esperar y aprender algo, y debido a que seguía fielmente al Señor a pesar de sus frecuentes errores y decepciones, esta fue su salvación (conocemos a Pedro, y somos como él).

Opinión humana o revelación

Pedro tuvo antes algunas revelaciones: la primera fue cuando se encontró con el Señor en el lago de Genesaret después de una inútil expedición de pesca, escuchó Su palabra, luego experimentó la maravillosa pesca y reconoció a Jesús como el hombre de Dios. Entonces decidió: *“Le seguiré”*, y lo dejó todo y lo siguió. Poco después, el Señor pronunció un discurso

“ofensivo”, muchos se fueron, y Él le preguntó a Sus discípulos: “¿Queréis acaso irnos también vosotros?”. Y Pedro le respondió:

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Jn. 6:68-69).

Esa fue una revelación sobre la palabra de Jesús. Pero una y otra vez, Pedro tuvo que ser reprendido severamente por el Señor, como en Mateo 16:23, porque él vivía mucho en sí mismo, en su opinión. Una y otra vez, el Señor tuvo que encaminarlo y educarlo hasta el fin. En la corte del sumo sacerdote, Pedro negó al Señor delante de las doncellas, pero después de Su resurrección - Pedro ya había recibido el Espíritu - el Señor lo tomó de nuevo y le preguntó tres veces: “Pedro, ¿me amas?”. Pedro respondió afirmativamente pero el Señor continuó: “Apacienta mis ovejas y mis corderos”. Tres veces se lo preguntó y tres veces le dio la misma instrucción (Jn. 21:15-17).

En cuanto dio testimonio de su amor al Señor, vio a Juan, al que el Señor amaba, y se volvió al Señor Jesús: “Señor, ¿y qué de éste?” (Jn. 21:21). Y de nuevo el Señor tuvo que reprenderle: “¿Qué a ti? Sígueme tú” (Jn. 21:22). También nos dice lo mismo cuando nos comparamos o miramos a personas supuestamente elevadas. No ensalzamos a ninguna persona, ni nos comparamos con ellas, ni miramos los problemas como embelesados – ¡le seguimos a Él! Ese es un principio fundamental: deja que el Señor te hable: ¡Tú sígueme! Decídete, confía en Él en todas las situaciones y presta atención a la diferencia entre la opinión humana y la revelación.

El anuncio de la revelación transmite la sustancia de la roca

“Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia...” (Mt. 16:18).

Veamos ahora más de cerca este versículo. Ya sabemos que - esta roca (gr.: petra) no es Pedro (gr.: petros = piedra), sino Dios mismo en Jesucristo. Cuanto más tocamos a Cristo y obtenemos revelación acerca de Él, más sustancia de roca o sustancia de piedra obtenemos (la roca y la piedra son de la misma sustancia). Así es como somos transformados a Su imagen.

Debido a que Pedro también declaró su revelación, Jesús pudo continuar edificando sobre ella. De la misma manera, debemos declarar nuestra revelación, aunque no estemos seguros de que viene del Señor, confiamos en que el Señor la va a equilibrar a través de los hermanos (es decir, Su Cuerpo). A menudo me he equivocado, pero también he aprendido mucho de lo que el Señor ha dicho a través de mis hermanos y hermanas. Nosotros

manifestamos la revelación, y esa es la mejor manera de edificar el Cuerpo. Pablo llama profecía a esta manifestación de la revelación, y esto edifica la iglesia. Por lo menos tres veces se puede leer en 1 Corintios 14: “*Pero el que profetiza, edifica a la iglesia*”.

Pablo menciona algunas cosas que no edifican a la iglesia, pero la profecía la edifica. No sólo debemos hablar algo en la iglesia, sino lo que viene del Señor.

El Señor dice: “Yo edificaré mi iglesia”. La pregunta para nosotros es: “¿Quieres también edificar de manera práctica junto con nosotros?”. Entonces busca al Señor, deja que Su Palabra obre en ti y comparte lo que has recibido de Él, eso transmite a Cristo y sirve a Su Cuerpo.

C. Todos los cristianos son piedras para la edificación de la iglesia

En realidad, ningún cristiano tiene elección, todos, como dice 1 Pedro 2:5 somos piedras vivas para la edificación de Su casa. Nuestra vida terrenal no tenía sentido antes de ser salvos. Ahora somos salvos, ¿pero, para qué? Ya llevaba 10 años siendo cristiano, pero sentía que mi vida de fe era bastante pobre, siempre buscando y nunca satisfecho. Luego vine a la iglesia y encontré el significado de mi cristianismo. Eso es consistente con las Escrituras. No somos salvos para ser cristianos individuales, sino para la iglesia, para edificarnos como Su casa. Somos muchos los que estamos aquí juntos, y estoy convencido de que todos los que están aquí están decididos a edificar Su casa; pero a veces pienso que el Señor debe dar nueva luz sobre Su voluntad y Su propósito: “*Yo edificaré mi iglesia*”. Y Él busca a aquellos que son despertados para Su edificación, porque sin personas el Señor no puede edificar. Pero sin Él tampoco podemos edificar, es decir, edificamos con Él, en estrecha relación con Él.

Hoy en día hay miles de “iglesias”, el nombre “iglesia” no está protegido, pero el Señor quiere edificar Su iglesia, es decir, no sólo que sea edificada y dirigida por Él, sino que la construye llenándola, para que posea Su esencia. Su iglesia es Su Cuerpo y es parte de Él, lleva Su esencia (naturaleza). ¿Quieres edificar Su iglesia con Él? Entonces dile al Señor: “Yo edificaré contigo, no edificaré nada fuera de ti”. Deja que todo suceda a través de Él, eso es muy práctico, afecta a nuestra vida cotidiana, profesional, familiar y otras relaciones. ¡Deja que el Señor te cambie para edificar Su iglesia! Él lo hace, sólo necesita personas dispuestas.

D. Obstáculos para edificar la iglesia en unidad: las puertas del Hades, Satanás y el viejo hombre natural

(Mt. 16:18.23-26)

Las puertas del Hades y la autoridad de la iglesia

“Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mt. 16:18).

Tan pronto como empieza la edificación, se abren las puertas del Hades. Tan pronto como te decides, quiero darme completamente para el Señor y la iglesia, se abre el Hades, y de repente vienen las dificultades, no es inusual. Experimentamos ataques, decepciones, también por causa de los hermanos. ¿Qué podemos decir? Las puertas del Hades no prevalecerán contra la iglesia. Lo que el Señor ha edificado, no lo aplastarán. Sólo tengo que ocuparme de permanecer en el Señor. En caso de que haya problemas, ve al Señor. Él es también la respuesta a todas las preguntas. No debemos formular y expresar nuestra opinión tan rápida y superficialmente, sino más bien preguntarle al Señor. Él da gustoso respuestas y revelación.

“Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos” (Mt. 16:19).

Así le da autoridad a Pedro, porque para edificar la iglesia se necesita autoridad. El Señor nos da toda una armadura para esta lucha. Parte de esta lucha es también que atemos y desatemos, tal como está escrito en las Escrituras.

E. Su gloriosa iglesia

Después de Su muerte y resurrección, Cristo sopló el Espíritu en Sus discípulos y los vistió con el Espíritu de poder. En pocos días apareció la iglesia maravillosa:

“Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”. ¿No es esto maravilloso?

“Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían

juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hch. 2:41-47).

Esa era la iglesia que el Señor edificó.

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común” (Hch. 4:32).

Obviamente, el Señor llenó la iglesia con Su Espíritu; es Su iglesia, Su cuerpo. Cuando lees estos versículos, ¿no oras tú también: “Señor, edifica Tu iglesia con nosotros?”. ¿No nos gustaría a todos tener una vida de la iglesia así? Sólo que para ello tendríamos que cancelar, por ejemplo, algunos planes, y reunirnos y orar. Sin la oración, sin la comunión del Espíritu y sin la Palabra no es posible. Llénate con lo que el Señor te da. No es nuevo para nosotros dejarnos llenar por el Señor. Ora: “¡Señor, despierta nuestros espíritu! ¡Edifica Tu iglesia con nosotros!”. El Señor es maravilloso en nosotros hoy; Él ya ha lo ha plantado todo como una semilla en nuestros espíritus. El Señor dice expresamente que quiere edificar, y esto no es algo que se hace en el cielo, sino algo muy práctico en la tierra. Él quiere edificar Su iglesia en unidad en cada localidad, pero consigo mismo como el material de construcción, como sustancia, y Él mismo quiere determinar la relación de los hermanos entre sí y ser todo en la iglesia. Lo que el Señor edifica es extraordinario.

Sé que muchas cosas funcionan de forma rutinaria, como se hacían hace 10 o 20 años. Algunos sugieren: “¡Hagámoslas de otra manera!”. Pues, hagámoslas de otra manera, ¡pero con el Señor! El Señor lo hace de manera diferente; busca al Señor con todo tu corazón, entonces Él te hará diferente, y finalmente tú lo harás diferente. Tal vez sea lo mismo que siempre has hecho, pero es diferente. Hacemos que los deseos de Dios sean nuestra carga. Señor, Tú quieres edificar Tu iglesia - yo también. Quiero edificar Tu iglesia contigo.

Seguir al Señor en la iglesia

Ahora una palabra sobre seguir al Señor: mucha gente separa el seguirle de la iglesia. En estos versículos de Mateo 16:13-26, sin embargo, van juntos. El Señor está hablando de edificar la iglesia y a continuación de seguirle. Esto no significa otra cosa que seguirle en la edificación práctica de Su iglesia. En el Cuerpo se hacen evidentes muchas cosas que están en el corazón, los motivos que nos mueven, muchas decisiones, allí habla también el Señor, y de ahí salen muchas actividades. Pero si alguien dice desde el

principio que la iglesia no es su asunto, que estoy aquí para esta obra o por este don o por este hombre, entonces se distrae de lo esencial, del propósito de Dios, es decir, de Cristo y Su iglesia.

El deseo del corazón de Dios debe estar siempre ante nuestros ojos. Hoy, en la iglesia, el asunto principal es la preparación de la novia, la Jerusalén celestial, que al final le corresponderá al Señor. Lo que está en el cielo, también lo edificamos en la tierra. Obedecemos al Cristo celestial. Y lo que edificamos aquí en la tierra también se edifica en el cielo. No piensen que un día vendrá el Señor, y a un golpe de Sus manos todos los cristianos serán maravillosamente uno. No va a ser así. La Palabra del Señor será tan válida entonces como ahora. El Señor quiere edificar Su iglesia hoy, no cuando regrese. Y la gloria está preparada hoy, cuando encuentra a personas dispuestas a seguirle, es decir, que escuchan Su voz y le obedecen, que se consagran a la edificación de Su iglesia en unidad.

Seguir al Señor, la cruz y la vida del alma en la edificación de la iglesia

“Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropezado, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mt. 16:21-26).

Después de la revelación de Pedro sobre Cristo y la revelación adicional de que el Señor quiere edificar Su iglesia, Jesús les dice a los discípulos que debe ir a Jerusalén, sufrir mucho y ser matado por los sumos sacerdotes y escribas y que resucitará al tercer día. Pedro, al escuchar esto, se asustó mucho, porque contradecía su idea del Mesías, que pronto traería Su reino. Pedro acababa de decir: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”; pero lo que él dice ahora no es una revelación del Padre. Él “*lo tomó aparte*” - el enemigo siempre lo hace de esa manera, te lleva aparte, completamente solo; ven, hablemos. Pedro se sincera con el Señor cuando le reconviene y le dice: “*En ninguna manera esto te acontezca*”. “*¡Señor, ten compasión de ti!*”. Esa

era su opinión honesta, y no lo dijo delante de Sus discípulos, sino de una manera muy personal. Pero su compasión y su actitud de corazón verdadera, obviamente, no fueron apreciadas por el Señor. Él reprendió a Pedro duramente: “*¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo*”. Jesús realmente ve a Satanás detrás de estas palabras, que parecían tan honestas y sinceras. Aquí no hay lugar para la amistad. Para Pedro fue una lección para siempre: ¡Cuidado con mi opinión y mi compasión! ¡Satanás puede esconderse detrás de ella! Especialmente la vida del alma (las opiniones, voluntad, sentimientos, juicios) pueden resultar en una mezcla altamente explosiva en conexión con Satanás. ¡Ten cuidado de que la vida del alma no se exprese en el momento equivocado cuando el Señor revela el propósito de Dios!

Nuestras relaciones en la vida de la iglesia son muy diversas, y se expresan muchas opiniones, especialmente en el servicio práctico, por ejemplo, antes de la conferencia: algunos servicios se superponen, y hay puntos de conflicto, pero, ¿cómo reacciono? ¿Insisto en mi opinión y trato de apoyarla con todos los argumentos disponibles? Porque si soy bueno discutiendo, siempre me saldré con la mía. Este es el camino del mundo, pero no el camino del Señor. Es aconsejable detenerse y ver cómo reacciona el Señor. ¿Es eso tan importante ahora? ¿Tengo que insistir en mi derecho? ¿O no es más importante la unidad en el Señor? ¡El Señor es maravilloso! No queremos que el enemigo y la vida del alma gobiernen, sino que reine el espíritu. Cada situación es diferente y siempre interesante, porque tenemos que volvernos al Señor de una manera completamente nueva y experimentar Su sentir. Sí, edificamos juntamente con el Señor, y el obstáculo más común para edificar es la vida del alma. No es que no podamos tener una opinión, sino que tenemos que ejercitarnos en ser sensibles al Señor. Queremos una vida de iglesia maravillosa y no sólo una que sobreviva. Queremos que el Señor tenga algo que mostrar, y hacer que las cargas (inquietudes o deseos) de Dios sean las nuestras.

El Señor quiere edificar una iglesia gloriosa sin manchas ni arrugas, pero el enemigo trabaja en contra de ella y usó a Pedro con su compasiva vida del alma y su opinión muy humana en contra del propósito de Dios: para salvarnos y edificar Su cuerpo por medio de la muerte de Cristo en la cruz.

El enemigo usa otros medios para destruir: él mancha el Cuerpo de Cristo por medio de la carne, nos tienta para hacernos pecar por la fornicación, por la amargura en el corazón (Heb. 12:14-15). Es por eso que siempre mantenemos nuestra conciencia despierta y sensible. ¡Que el Señor nos fortalezca en toda buena palabra y obra y guarde nuestro corazón y nuestro caminar!

Somos llamados a la comunión del Espíritu

(1 Co. 1:9; 1 Jn. 1:2-3; Fil. 2:1-2)

No hemos sido llamados a vivir por nosotros mismos ni a llevar siempre a cabo nuestras opiniones, eso es orgullo, sino que somos llamados a la comunión de Su Hijo Jesucristo (1 Co. 1:9), y somos llamados a la comunión unos con otros. Si preguntas por el camino - aquí está, este es también el lugar y el tiempo, aquí y ahora el Señor trabaja en nosotros cuando cultivamos la comunión, que es algo que tenemos que hacer abundantemente. Nuestra comunión, dice Juan, es la comunión con el Padre y Su Hijo Jesucristo. Esta comunión es un factor indispensable en la edificación de la iglesia.

“Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1:3).

Y en Filipenses 2, dice Pablo: *“Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros”* (vv. 1-4).

El Señor bendecirá la vida de la iglesia si encuentra personas que se entregan a Él de esta manera.

Hace 47 años, después de asistir a una conferencia, comenzamos la vida de la iglesia; no había un gran predicador que nos hubiera impresionado, sino más bien, la gloria en las reuniones y el caminar de los hermanos. Entonces le dijimos al Señor: “Si puedes hacerlo allí, puedes hacerlo con nosotros”. No hemos trabajado tanto, pero nos hemos reunido frecuentemente para tener comunión espiritual, hemos leído la Palabra, orado con la Palabra, alabado, invocado el nombre del Señor, y el Señor ha edificado, y añadido - ¡Alabamos al Señor por ello! El camino no es diferente hoy de lo que era entonces – las personas deben ver la gloria del Señor. Por eso nosotros también tenemos que despertar. Puede que ya sepamos mucho, pero nuestro conocimiento también debe tener una nueva “comprensión”, en cada detalle. Prestemos atención a lo que el Señor nos dice, tratemos con el Señor y Su Palabra seriamente para que se cumpla en nosotros, y seamos conscientes de que el Señor quiere edificar Su iglesia - y nosotros la edificamos con Él.

G.R.

La restauración de la Casa de Dios en el libro de Esdras

II. La importancia de Jerusalén en relación con la iglesia

(Esdras 1:3)

Cuando Pedro confesó: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”* (Mateo 16:16 y ss.), el Señor le dijo: *“No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”*. Entonces recibió otra revelación: *“Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia”*. Reconocer a Jesucristo como el Hijo de Dios es una gran revelación celestial. Viene de Dios, el Padre. Quien recibe esta revelación es también una piedra viva para la edificación de la iglesia. La roca sobre la cual está construida la iglesia no es la persona individual, sino el Señor Jesús mismo. El Antiguo Testamento dice: *“El Señor es mi roca”*. Solo la naturaleza del Señor que entra en nosotros edifica la iglesia, el material de edificación es exclusivamente Cristo.

La iglesia viene de Dios, no de nosotros. La novia en el Cantar de los Cantares disfruta solo de su novio y descubre cada vez más de él; al final está completamente impregnada y llena de su amante, y por eso, él también la disfruta. No podemos producir Su esencia de nosotros mismos; el Señor debe obrar en nosotros día a día a través de nuestra relación con Él. Ese es el tipo de relación de amor que Él quiere.

A. Jerusalén - la ciudad que el Señor escogió

“Sino que el lugar que Jehová vuestro Dios escogiere de entre todas vuestras tribus, para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allí iréis. Y allí llevaréis vuestros holocaustos...” (Dt. 12:5-6a).

En Deuteronomio 12, Dios le da a Moisés ciertas instrucciones. El pueblo que ha elegido es un pueblo especial. Dios quiere un tipo especial de adoración en el lugar de adoración escogido y determinado solo por Él. Allí es donde Dios quiso poner Su nombre y vivir entre Su pueblo. Pero, ¿dónde debería estar este lugar de adoración?

Cómo se encontró este lugar es una larga historia. Para Su plan, Dios siempre confió en ciertas personas. Uno de ellos fue David.

B. La agitada historia de Jerusalén

1. David: Jerusalén conquistada y expandida

En David, Dios encontró a un hombre según Su corazón: reservado, discreto, a diferencia de sus hermanos mayores. Era un pastor sencillo, escribía y cantaba sus canciones, cultivaba la relación con Dios. Dios lo tomó de entre las ovejas cuando era joven y lo ungió rey. El rey anterior, Saúl, era un hombre de gran estatura y a pesar de esto, Dios finalmente lo desechó, porque no tenía esta relación con Dios y por lo tanto era desobediente. David no solo era un “soñador” sino también un luchador valiente, siempre confiando en Dios, y así derrotó a Goliat, liberando la tierra de los filisteos, y derrotó a los jebusitas tomando su ciudad. Esa era la ciudad de Jerusalén. Se convirtió en la ciudad real, la sede del gobierno de David. David no tuvo descanso hasta que encontró un lugar para el Fuerte de Jacob, como dice el Salmo 132:5. Más tarde, Jerusalén llegó a ser el único lugar para la adoración.

2. Salomón: la edificación del templo, 40 años en paz y unidad

Dios quería habitar en el templo de Jerusalén. Y éste fue construido por el hijo de David, Salomón. Los cuarenta años en los que Salomón reinó en sabiduría fueron el clímax en la historia del reino de Israel. El mundo entero podía ver la gloria de este reino. Hasta entonces sólo se hablaba de Dios en el cielo, ahora se le podía admirar en el templo. Incluso la Reina de Saba vino personalmente debido a los maravillosos relatos (1 Reyes 10). En aquel entonces, en Jerusalén se podía admirar y adorar las riquezas de Dios, Su grandeza y Su sabiduría.

Hoy, en el Nuevo Testamento, Dios quiere edificar la iglesia; el equivalente a Jerusalén hoy es la iglesia. Dios la desea como Su morada. A través de ella Él quiere mostrar Su grandeza, sabiduría, belleza, bondad, esplendor y abundancia. Jesús es el verdadero Salomón que construye el templo.

3. Jeroboam: división del reino y establecimiento de otros lugares de adoración (Dan, Betel) (1 Reyes 11:26-12:25)

Cuando Salomón murió, su hijo Roboam fue nombrado rey. El apogeo del reino ya había terminado y la gente sufría las cargas impuestas por el rey Salomón. La gente pidió aliviar el yugo, y Roboam llamó a sus antiguos consejeros experimentados para averiguar qué debía responderle al pueblo. Dijeron que si ahora les aliviaba la carga, sería un buen rey. Los consejeros de su propia generación, sin embargo, dijeron que debería aumentar el yugo (1 Reyes 12:8 ss.). Roboam rechazó el consejo de los ancianos y le dijo pueblo: *“Mi Padre os castigó con azotes, más yo os castigaré con escorpiones”* (v. 11). Entonces una parte del pueblo se separó del rey, y diez tribus se dividieron. A partir de ahí hubo dos naciones: en el sur Judá con Benjamín bajo su rey Roboam, y en el norte las otras diez tribus con Jeroboam como su rey. Ya en tiempos de Salomón, Jeroboam se había levantado contra el rey y había huido a Egipto. Pero volvió y se convirtió en rey de las diez tribus.

4. El pecado de Jeroboam (1 Reyes 12:26-33)

Jeroboam pensó: Cuando el pueblo vaya a Jerusalén para las fiestas anuales, regresarán a su rey Roboam y se alejarán de mí. Entonces tuvo la idea de establecer más centros de adoración en sus dominios, uno en Betel y el otro en Dan, y le dijo al pueblo: *“hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: Bastante habéis subido a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto”* (1 Reyes 12:28). Abandonó el lugar que Dios había escogido y el mandamiento de un solo lugar de adoración; con ello se violó el principio de Jerusalén.

El establecimiento de estos ídolos y la construcción de sus propios lugares de adoración se mencionan muy a menudo en la Biblia como “el pecado de Jeroboam”. A pesar de todas las advertencias de los profetas, ellos no quisieron regresar a Dios y eventualmente fueron llevados en cautiverio: *“Porque separó a Israel de la casa de David, y ellos hicieron rey a Jeroboam hijo de Nabat; y Jeroboam apartó a Israel de en pos de Jehová, y les hizo cometer gran pecado. Y los hijos de Israel anduvieron en todos los pecados de Jeroboam que él hizo, sin apartarse de ellos, hasta que Jehová quitó a Israel de delante de su rostro, como él lo había dicho por medio de todos los profetas sus siervos; e Israel fue llevado cautivo de su tierra a Asiria, hasta hoy”* (2 Reyes 17:21-23).

C. Las promesas de Dios y el anhelo por Jerusalén

(Sal. 128:5; 135:21; 51:20; Is. 2:3; 62:1; 52:1-2, 7-9; 33:20; Sal. 137:1-6)

Dios cela con un gran celo por Jerusalén, la ciudad que Él había escogido para ser Su morada. Su presencia está asociada a la ciudad, y de ella saldrá la luz, como dice Isaías 2:3: *“Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová”*. Y en Isaías 62:1: *“... Hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha”*.

En Mateo 23:37, Jesús expresa el gran amor de Dios por Su casa: *“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!”*. Su corazón estaba triste.

Debido a su desobediencia, Dios castigó al pueblo y lo llevó a la cautividad, primero a las diez tribus del reino del norte a Asiria y alrededor de 100 años después a Judá y Benjamín a Babilonia. Pero no podían olvidar Jerusalén. Allí, en Babilonia, nació el Salmo 137, que expresaba su anhelo por Jerusalén:

“Junto a los ríos de Babilonia, Allí nos sentábamos, y aun llorábamos, Acordándonos de Sion. Sobre los sauces en medio de ella colgamos nuestras arpas. Y los que nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, Y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: Cantadnos algunos de los cánticos de Sion. ¿Cómo cantaremos cántico de Jehová En tierra de extraños? Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, Pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, Si de ti no me acordare; Si no enalteciere a Jerusalén Como preferente asunto de mi alegría” (vv. 1-6).

Los cánticos de Sion solo se pueden cantar en Sion. Donde está Dios, hay alegría. Jerusalén fue Su mayor alegría, como la iglesia lo es para nosotros hoy.

Para motivarles, Dios dio muchas promesas y la perspectiva de que Él restauraría a Sion, por ejemplo en Esdras 1:3:

“Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén”.

D. Jerusalén - una imagen de la iglesia

El equivalente en el Nuevo Testamento es el origen de la iglesia como se describe en Hechos 2. Allí estaba la realidad de la presencia de Dios. Un templo físico era innecesario, ya que el templo es la iglesia misma: una imagen de plenitud, abundancia, riqueza, y gloria. La iglesia es preciosa,

tiene la autoridad del Señor, Él reina. El verdadero templo es la iglesia (1 Co. 3:16).

Efesios 1:18-23 también describe la plenitud que debe ser expresada por la iglesia:

“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”.

El escritor casi se vuelca en la descripción que culmina en el hecho de que Cristo ha sido hecho Cabeza de la iglesia, la cual es Su cuerpo. Con los ojos alumbrados vemos: este es el Cristo en el trono. Todo está bajo Sus pies. La iglesia es el Cuerpo de Aquel que todo lo llena en todo. Es la culminación del cumplimiento - Su iglesia gloriosa.

Cuando el Señor te haya revelado la iglesia, será tu meta más alta, y dirás, como Pedro: “¿A dónde iremos?”. Queremos ser útiles en la edificación de Su iglesia.

En el tiempo de los apóstoles, todos los que venían a la fe eran inmediatamente agregados a la iglesia. Así como los judíos de aquel tiempo en Babilonia anhelaban Jerusalén, así un cristiano en lo más profundo de su corazón anhela la iglesia, porque el Cristo que hemos recibido como nuestra vida lo anhela.

1. Lugar de unidad (Jn. 17:20-23; Hch. 4:32-33; 1 Co. 1:10; Fil. 2:2-4)

“Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”.

“Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas” (Hch. 2:41-42, 44).

A pesar de las diferencias y las *sombras*, eran uno solo, siguieron adelante juntos y buscaron al Señor juntos. El poder de la nueva vida cambió sus costumbres y su convivencia. Esto es lo que el Señor quiere hacer en nosotros para la iglesia a través de nuestra relación personal con Él.

La expresión de la unidad es gloriosa y un testimonio para el mundo. El Señor nos ha dado Su gloria para que seamos uno y para que el mundo crea:

“La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Jn. 17:22-23).

El enemigo ataca esta unidad a través del viejo hombre natural y quiere dañar a la iglesia.

Pero debido a que la iglesia es edificada solo por la muerte y la resurrección, confesamos ya desde el principio de nuestro bautismo: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”* (Ga. 2:19-20). Esta es nuestra nueva vida para la edificación de la iglesia. Confiamos en el Señor, confiamos en Él más que en nosotros mismos y practicamos vivir en el Espíritu en todo momento.

2. La unidad del Espíritu: la Jerusalén “de arriba”

(Ef. 4:1-6; Ga. 4:26)

La Jerusalén terrenal no conoce esta unidad, porque esta unidad viene del Espíritu y por eso es celestial: *“la Jerusalén de arriba”* (Ga. 4:26). Hemos nacido de nuevo, no de la carne, sino de arriba, en el espíritu.

El contraste entre las obras de la carne y el fruto del Espíritu se ve muy claramente en la Carta a los Gálatas (Ga. 5). Si queremos edificar la iglesia y dejarnos edificar, esto solo es posible si practicamos constantemente el vivir en el Espíritu. ¿Cómo se practica? Habla continuamente con el Señor en tu vida diaria, invoca mucho Su nombre, vuelve tu corazón a Él una y otra vez: *“Oh Señor Jesús, vengo a ti, confío en ti, Señor Jesús, me abro a ti y quiero ser completamente uno contigo...”*.

La iglesia está edificada en el espíritu. Por eso es por lo que siempre debemos practicar el estar en el espíritu cuando nos reunimos, cuando servimos juntos, cuando hay diferentes puntos de vista entre nosotros - en todo practicamos nuestro espíritu.

3. La expresión de la iglesia a través de la unidad en la localidad

En la primera carta a los Corintios, capítulo 1, Pablo da una seria advertencia:

“Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones,

sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (v. 10).

En la iglesia tenemos mucha comunión, pero eso solo sirve para el propósito de edificar si también practicamos nuestro espíritu. Sin embargo, si cada uno solo representa su opinión, insiste en ella y quiere hacer valer su opinión - entonces este es el camino del viejo hombre en este mundo y destruye la iglesia. En la iglesia aprendemos a vivir a través de Cristo, a ser guiados por el Espíritu y a hablar la Palabra por el espíritu, *“hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales”* (Ef. 5:19). De esta manera guardamos la unidad y somos llenos del Espíritu.

4. Ninguna unidad humana

(Organización / comunión de intereses)

¿Cómo podemos preservar la unidad de la iglesia? Debemos ser conscientes de que esta unidad no se basa en una organización humana, ni en una unión suprarregional de creyentes, ni depende de ninguna persona. Es el Señor mismo, quien es la unidad y la preserva a través del hecho de que todos lo conocen, están llenos de Su Espíritu y respetan Su autoridad y lo siguen. Esta unidad hace hoy visible la Jerusalén celestial aquí en la tierra.

5. Edificada como morada de Dios en el Espíritu

(Ef. 2:22; 1 Pe. 2:4-6)

La palabra no nos permite elegir nuestro propio nombre. La iglesia es la casa del Dios viviente, donde todo está orientado hacia Cristo:

“Siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef. 2:20-22).

No enfatizamos que *nosotros* somos *la* iglesia; somos (la) iglesia del Señor, con el énfasis en “la iglesia”, no en el “nosotros”. La Palabra reconoce sólo una iglesia en una localidad y por consiguiente varias en una región. Guardamos este patrón de la Escritura. En nuestros respectivos lugares estamos llamados a guardar la unidad del Espíritu, la unidad bajo la autoridad del Espíritu Santo.

W.K.

laiglesiaenmalaga.es

La restauración de la Casa de Dios en el libro de Esdras

III. La Reconstrucción de la Casa de Dios, la Iglesia

(Esdras 1:2-4; Jeremías 29:10; 1 Co. 10:11)

“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Co. 10:11).

Este versículo en 1 Corintios muestra que los eventos de la época del Antiguo Pacto fueron escritos como una advertencia para nosotros que vivimos en el Nuevo Pacto. Por eso, el libro de Esdras es también muy importante para nosotros hoy en día, porque nos da una imagen bastante completa de los principios según los cuales Dios actúa para llevar a cabo Su propósito con nosotros hoy. En ese tiempo Dios había escogido un cierto lugar en la tierra para ser adorado. Hoy en día no es en principio diferente, pero ya no se hace externamente y no por la ley, sino por el Espíritu.

Dios determina el lugar de Su morada

El hombre no tiene elección propia cuando se trata de edificar algo para Dios. Esto podemos verlo a través de todo el Antiguo Testamento.

Ya el arca fue construida según las instrucciones de Dios (Gn. 6:14-22):

“Y lo hizo así Noé; hizo conforme a todo lo que Dios le mandó” (v. 22).

Lo mismo sucedió con el tabernáculo:

“Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte” (Ex. 25:40),

“Así fue acabada toda la obra del tabernáculo, del tabernáculo de reunión; e hicieron los hijos de Israel como Jehová lo había mandado a Moisés; así lo hicieron” (Ex. 39:32).

Y antes de llegar a la buena tierra, Dios le mandó a Su pueblo:

“Sino que el lugar que Jehová vuestro Dios escogiere de entre todas vuestras tribus, para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allá iréis” (Dt. 12:5).

Pero Dios no dijo dónde estaba este lugar. Y nadie preguntó ni se interesó por él, ni siquiera cuando tomaron posesión de la buena tierra. Después de

mucho tiempo, Dios, finalmente, encontró a un hombre en Israel, David, de quien podía decir: ese es un hombre según mi corazón. Y David le juró al Señor:

“No entraré en la morada de mi casa, Ni subiré sobre el lecho de mi estrado; No daré sueño a mis ojos, Ni a mis párpados adormecimiento, hasta que halle lugar para Jehová, Morada para el Fuerte de Jacob” (Sal. 132:3-5).

¿Cómo encontró David la morada? Después de que su reino se hubiera consolidado, pensó en contar su ejército para ver lo fuerte y poderoso que era. Esto enfureció a Dios más allá de toda medida, y le envió al vidente Gad, quien le presentó tres castigos:

“Y viniendo Gad a David, le dijo: Así ha dicho Jehová: Escoge para ti: o tres años de hambre, o por tres meses ser derrotado delante de tus enemigos con la espada de tus adversarios, o por tres días la espada de Jehová, esto es, la peste en la tierra, y que el ángel de Jehová haga destrucción en todos los términos de Israel. Mira, pues, qué responderé al que me ha enviado” (1 Cr. 21:11-12).

David escogió la última de estas tres opciones porque prefirió caer en las manos de Dios antes que en las de los hombres.

“Así Jehová envió una peste en Israel, y murieron de Israel setenta mil hombres. Y envió Jehová el ángel a Jerusalén para destruirla; pero cuando él estaba destruyendo, miró Jehová y se arrepintió de aquel mal, y dijo al ángel que destruía: Basta ya; detén tu mano. El ángel de Jehová estaba junto a la era de Ornán jebuseo. Y alzando David sus ojos, vio al ángel de Jehová, que estaba entre el cielo y la tierra, con una espada desnuda en su mano, extendida contra Jerusalén. Entonces David y los ancianos se postraron sobre sus rostros, cubiertos de cilicio. Y dijo David a Dios: ¿No soy yo el que hizo contar el pueblo? Yo mismo soy el que pequé, y ciertamente he hecho mal; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Jehová Dios mío, sea ahora tu mano contra mí, y contra la casa de mi padre, y no venga la peste sobre tu pueblo. Y el ángel de Jehová ordenó a Gad que dijese a David que subiese y construyese un altar a Jehová en la era de Ornán jebuseo” (1 Cr. 21:14-18).

Luego continúa:

“Viendo David que Jehová le había oído en la era de Ornán jebuseo, ofreció sacrificios allí..., dijo David: Aquí estará la casa de Jehová Dios, y aquí el altar del holocausto para Israel” (1 Cr. 21:28-22:1).

Finalmente se encontró el lugar, Sion, del cual dijo el Señor:

“Este es para siempre el lugar de mi reposo; Aquí habitaré, porque la he querido” (Sal. 132:14).

Una reseña histórica

Para nuestra comprensión es bueno saber un poco más sobre la historia de ese tiempo. Esdras vivió en la época en la que algunos de los judíos regresaron a Jerusalén del cautiverio babilónico para reconstruir el templo destruido y la ciudad. Qué contraste era esta vista desolada comparada con la alta cultura de Babilonia de la que provenían. En Babilonia tenían una buena vida y algunos de los judíos eran influyentes oficiales de la corte, como Nehemías, Esdras o Daniel, y otros talentosos artesanos. Pero dejaron esta alta cultura y caminaron durante meses por tierras desoladas para llegar a su ciudad, que estaba completamente destruida. ¿Quién haría eso hoy? Normalmente es al revés.

El camino a Babilonia

¿Pero, cómo es que llegaron a Babilonia? Veamos esto brevemente para aprender de ello. A David se le había mostrado el lugar donde debía estar el templo y también había hecho el plan para realizarlo. Más tarde su hijo Salomón lo edificó, en siete años (1 Reyes 6:38), mientras que él construyó su propia casa durante 13 años (1 Reyes 7:1). ¡Un notable desequilibrio! Debido a que Salomón tenía un corazón para el pueblo de Dios, pidió sabiduría para guiarlos correctamente, y Dios lo recompensó. Pero con el tiempo el corazón de Salomón cambió, como leemos en 1 Reyes 11:

“Pero el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras; a las de Moab, a las de Amón, a las de Edom, a las de Sidón, y a las heteas; gentes de las cuales Jehová había dicho a los hijos de Israel: No os llegaréis a ellas, ni ellas se llegarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A éstas, pues, se juntó Salomón con amor. Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres desviaron su corazón. Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David. Porque Salomón siguió a Astoret, diosa de los sidonios, y a Milcom, ídolo abominable de los amonitas. E hizo Salomón lo malo ante los ojos de Jehová, y no siguió cumplidamente a Jehová como David su padre” (1 Reyes 11:1-6).

Esa fue la verdadera causa: su corazón ya no le pertenecía solo a Dios. Sus muchas esposas tenían sus propios dioses y lugares de adoración, lo que también conquistó a Salomón más y más. El Señor estaba muy enojado por esto y le dijo a Salomón:

“Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé de ti el reino, y lo entregaré a tu siervo. Sin embargo, no lo haré en tus días, por amor a David tu padre; lo romperé de la mano de tu hijo. Pero no romperé todo el reino, sino que daré una tribu a tu hijo, por amor a David mi siervo, y por amor a Jerusalén, la cual yo he elegido” (1 Reyes 11:11-13).

Observar la Palabra de Dios

El Señor ya lo había anunciado a través de David en 1 Reyes 9:

“Mas si obstinadamente os apartareis de mí vosotros y vuestros hijos, y no guardareis mis mandamientos y mis estatutos que yo he puesto delante de vosotros, sino que fuereis y sirviereis a dioses ajenos, y los adorareis; yo cortaré a Israel de sobre la faz de la tierra que les he entregado; y esta casa que he santificado a mi nombre, yo la echaré de delante de mí, e Israel será por proverbio y refrán a todos los pueblos; y esta casa, que estaba en estima, cualquiera que pase por ella se asombrará, y se burlará, y dirá: ¿Por qué ha hecho así Jehová a esta tierra y a esta casa? Y dirán: Por cuanto dejaron a Jehová su Dios, que había sacado a sus padres de tierra de Egipto, y echaron mano a dioses ajenos, y los adoraron y los sirvieron; por eso ha traído Jehová sobre ellos todo este mal” (1 Reyes 9:6-9).

Roboam, el hijo de Salomón, podría haberle dado la vuelta si hubiera escuchado a los ancianos y experimentados consejeros de su padre, que querían aliviar la suerte del pueblo. Pero, en vez de eso, siguió el consejo de la generación más joven y oprimió al pueblo aún más. Y aconteció que diez tribus se apartaron de él y convirtieron a Jeroboam en su rey. Solo Judá y Benjamín permanecieron con Roboam.

El pecado de Jeroboam

Leamos acerca de Jeroboam y las 10 tribus después de la división de Judá y Benjamín en 1 Reyes 12:

“Ahora se volverá el reino a la casa de David, si este pueblo subiere a ofrecer sacrificios en la casa de Jehová en Jerusalén; porque el corazón de este pueblo se volverá a su señor Roboam rey de Judá, y me matarán a mí, y se volverán a Roboam rey de Judá. Y habiendo tenido consejo, hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: Bastante habéis subido a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto. Y puso uno en Bet-el, y el otro en Dan. Y esto fue causa de pecado; porque el pueblo iba a adorar delante de uno hasta Dan” (vv. 26-30).

De hecho, en este momento, debería haber sonado la alarma. Porque ya habían hecho un becerro de oro que decían haber sacado de Egipto (Ex. 2:32).

La división del reino había sido predicha por Dios debido a la infidelidad de Salomón. Pero cuando Jeroboam cimentó la división y dividió al pueblo al construir dos lugares de adoración fuera de Jerusalén en Dan y Betel - Betel significa la “Casa de Dios” - se convirtió en el pecado de Jeroboam. Y este pecado continuó con todos los 16 reyes siguientes, y se menciona expresamente en 14 de ellos como el “pecado de Jeroboam”, el cual no quisieron abandonar. Finalmente, Dios envió al pueblo a Babilonia en cautiverio.

El origen de toda la desgracia fue que el corazón de un hombre se había desviado. Un pequeño comienzo tuvo un gran efecto. Hermanos y hermanas, ¡cuidemos nuestros corazones! Proverbios dice: “*Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida*” (Pro. 4:23).

El destierro a Babilonia fue un castigo. Debemos ver esto para entender el estado del cristianismo hoy en día. El que nosotros los cristianos estemos divididos no es normal, no está de acuerdo a las Escrituras y ciertamente no es lo que Dios quiere. No es una expresión de la diversidad de Dios. Más bien, es un castigo de Dios por la desobediencia.

El origen de Babilonia

Para entender el principio de Babilonia, volvamos a Génesis 11: “*Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras. Y aconteció que cuando salieron de oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra. Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra*” (vv. 1-9).

Así que estas son las obras de Babilonia: hechas de material terrenal, con arcilla y ladrillos, y mezcladas con asfalto, y todo esto para el nombre del hombre. Debería ser una torre alta que llegara hasta el cielo, para que no se esparcieran. Isaías 14 describe cómo el arcángel Lucifer cayó porque dijo: “Subiré y seré como el Altísimo”. Este principio está en el hombre caído: subir hasta el cielo y hacerse un nombre. En vez de ser uno, fueron dispersados.

Ese es el principio de Babilonia: dispersión, división, confusión. Y la edificación se hace con medios humanos, con material terrenal perecedero, con madera, heno y paja. Pablo exhorta a los Corintios en su primera carta a mantener la unidad y a edificar la iglesia sobre Cristo como el fundamento con oro, plata y piedras preciosas. “*Pero cada uno mire cómo sobreedifica*” (1 Co. 3:10).

Babilonia es puramente humana y terrenal, un monumento que el hombre quiere erigirse a sí mismo y a su gloria.

Otra advertencia

Cuando Pedro en cierta ocasión expresó su preocupación por impedir que el Señor fuera a Jerusalén para sufrir y morir allí, el Señor le reprendió severamente:

“¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (Mt. 16:23).

Si leemos esto cuidadosamente, significa: Satanás, tú pones la mira en las cosas de los hombres. Eso, hermanos y hermanas, debe ser una advertencia para nosotros en todo lo que hacemos o decidimos. Confía sólo en el Señor y no en ti mismo.

Regreso a Jerusalén para reconstruir la casa de Dios

¿Cómo es que un día algunos de ellos dejaron su buena vida en esta alta cultura de Babilonia y regresaron a Jerusalén? Por un lado, el Señor había despertado su espíritu, por otro, había algunos, como Daniel, que observaban la Palabra de Dios y reconocían los tiempos:

“En el año primero de su reinado, yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años. Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza” (Dan. 9:2-3).

Esta historia muestra que el Señor realmente lo había predicho todo. Y algunos de los suyos se tomaron en serio la Palabra y le prestaron atención. Dios no solo había anunciado el castigo por la desobediencia, sino que también había predicho el fin de este cautiverio por el profeta Jeremías. Cuando Daniel reconoció esto, se arrepintió por sí mismo y por todo el pueblo. Dios está buscando personas que tengan un corazón para Él y para Su propósito. Ese era Daniel. Daniel significa “muy amado”, amaba la Palabra de Dios y tenía un corazón para Jerusalén:

“Abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes” (Dan. 6:10).

Hermanos y hermanas, como en aquellos días, el Señor sigue buscando personas que tengan un corazón para Su propósito, que se conozcan a sí mismos, amen Su Palabra y cuiden de ella. Entonces el Señor podrá edificar Su iglesia con nosotros.

“Porque tus siervos aman sus piedras, Y del polvo de ella tienen compasión. Entonces las naciones temerán el nombre de Jehová, Y todos los reyes de la tierra tu gloria” (Sal. 102:14-15).

Como los 70 años de entonces, hoy también hay un tiempo fijo, un tiempo de edificación. Y queremos ser nosotros los que hoy nos entregamos de todo corazón a ello y subimos a Sion, aunque haya muchos escombros que limpiar. Sion significa “tierra quemada”.

Nuestra experiencia práctica

Solo un espíritu despierto no es suficiente, el Señor también necesita nuestro cuerpo. Así es como Pablo nos amonesta:

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Rom. 12:1).

Si tu espíritu está despierto, irás a Jerusalén, el lugar que Dios ha escogido y edificarás según la voluntad del Señor.

La edificación práctica de la iglesia hoy - la realidad de la morada de Dios en el Espíritu Santo

El Nuevo Testamento nos da una imagen clara de la edificación de la iglesia. Es importante que conozcamos la Palabra de Dios y se la reclamemos. David también lo hizo. En el Salmo 27 dice: *“Mi corazón tiene tu palabra delante de ti”* (v. 8 alemán). No tienes que pedir tantas cosas, toma la Palabra y

reclámale al Señor: “Señor, dijiste que querías hacerlo, hazlo ahora”. En Nehemías vemos que se desanimaron y se quejaron de que había demasiados escombros. Pero fueron alentados de nuevo, y al final continuaron. No estoy diciendo que edificar la iglesia es fácil, que tenemos un tiempo fácil aquí, que solo nos regocijamos, porque a veces también nos cansamos. Pero es el propósito del Señor, y Él alcanzará Su meta.

Construyendo el altar

Lo primero que construyeron los que regresaron a Jerusalén fue el altar.

“Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiarán; Me conducirán a tu santo monte, Y a tus moradas. Entraré al altar de Dios, Al Dios de mi alegría y de mi gozo; Y te alabaré con arpa, oh Dios, Dios mío” (Sal. 43:3-4).

La experiencia del altar es lo más importante cuando vienes a la iglesia. El camino hacia el tabernáculo conducía directamente al altar en el atrio. Eso no se puede evitar. Nuestro Señor es siempre muy sencillo.

Si las cosas se complican, tenemos que asegurarnos de que vamos por el buen camino. Todo lo que eres y traes es quemado hasta las cenizas sobre el altar. Tus buenas ideas, tus conceptos, tu educación y tus habilidades permanecen ahí, porque no son adecuadas para la edificación.

Luego pusieron la primera piedra de la casa para construir el templo. Y en el momento en que se coloca el fundamento, hay oposición, hostilidad y dificultad. Los samaritanos (cf. 2 Reyes 17), un pueblo mezcla de judíos y de otros pueblos que allí residieron, que habían sido establecidos por los reyes asirios, y que adoraban a muchos otros dioses además del Dios de los judíos, vinieron y dijeron:

“Edificaremos con vosotros, porque como vosotros buscamos a vuestro Dios, y a él ofrecemos sacrificios desde los días de Esar-hadón rey de Asiria, que nos hizo venir aquí. Zorobabel, Jesúa, y los demás jefes de casas paternas de Israel dijeron: No nos conviene edificar con vosotros casa a nuestro Dios, sino que nosotros solos la edificaremos a Jehová Dios de Israel, como nos mandó el rey Ciro, rey de Persia” (Esdras 4:2-3).

Como resultado, los adversarios de los judíos que habían regresaron intentaron hacer todo lo posible por impedir la reconstrucción de la casa de Dios. Escribieron una acusación contra ellos que enviaron al rey persa, quien ordenó a los judíos que se detuvieran (Esdras 4). Así se detuvo la obra de la casa de Dios en Jerusalén durante varios años.

Cuando Darío llegó a ser rey de Persia, el Señor envió a los profetas Hageo y Zacarías, quienes profetizaron, y se reanudó la obra en la casa de Dios. El gobernador y los pueblos de los alrededores no estaban dispuestos

a permitir la obra de los judíos y enviaron un informe al rey Darío, tras lo cual hizo investigar los documentos y encontró un pergamino con el decreto del rey Ciro. Después de eso, no solo les dio permiso a los judíos para seguir edificando, sino que le ordenó al gobernador que apoyara a los judíos con dinero de los impuestos, con ganado para los sacrificios, etc. (Esdras 5 y 6). Se puede ver que en lo tocante a Su casa para el Señor el que cambie la situación es insignificante. El Señor es soberano, está por encima de todas las cosas.

Ánimo por la Palabra escrita y hablada (Ro. 15:4; Ef. 4:29)

Si hoy edificamos la casa del Señor, no debemos sorprendernos cuando surjan problemas, eso es normal. No nos desanimemos, no nos detengamos, sigamos construyendo. Aquí estamos en la obra del Señor, edificando Su casa con Él para que Él pueda venir de nuevo.

Para el Señor estos adversarios no son ningún obstáculo. La falta de material tampoco es un obstáculo para Él cuando se trata de Su casa. Él dijo:

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt. 6:33).

Así como el pueblo de Dios en tiempos de Esdras tenía la Palabra de las Escrituras y la palabra de los profetas, así también nosotros en nuestras iglesias tenemos la Palabra de las Escrituras y el hablar del Señor por medio de los santos, para animarnos unos a otros e incitarnos a amarnos los unos a los otros, porque esta es la única manera en que la iglesia puede ser edificada. Podemos aprender esto de la historia de la recuperación de la iglesia.

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes” (Ef. 4:29).

“Por cuanto Jehová habrá edificado a Sion, Y en su gloria será visto” (Sal. 102:16)

Así como era necesario construir el templo para que el Señor pudiera venir, así también hoy la edificación de la iglesia sirve como preparación para la segunda venida del Señor. Dios está buscando personas cuyos corazones pueda reunir, o en otras palabras, que tengan un corazón los unos por los otros, que quieran ser edificados juntos en una morada de Dios en el Espíritu.

Hago también conecta la reconstrucción de la casa de Dios con la venida del Señor en gloria:

“Cobrad ánimo, pueblo todo de la tierra, dice Jehová, y trabajad; porque yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos. Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis. Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Hag. 2:4-7).

Cuando el templo sea edificado, el Señor vendrá en gloria. Entonces, como ahora, la edificación de la casa de Dios es la preparación para la aparición del Señor. No nos preparamos practicando todos los dones u organizando todo para que venga mucha gente. Lo que el Señor necesita ante todo es nuestro corazón para Su morada, porque Él quiere vivir en Sion. En el Evangelio de Mateo, el Señor dice: *“Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (Mt. 8:20).*

Th.Ri.

La restauración de la Casa de Dios en el libro de Esdras

La liberación del pueblo de Dios para la edificación de Su casa

La profecía para el pueblo de Dios

Como ya hemos oído, el pueblo de Israel fue deportado a Babilonia por el rey Nabucodonosor debido a su desobediencia a la Palabra de Dios. Ya en el tiempo de la primera deportación Dios le prometió a Su pueblo a través de varios profetas que el tiempo del exilio sería limitado. Daniel lo reconoció y también Jeremías. Isaías incluso profetizó unos cien años antes acerca de un rey que Dios usaría como instrumento: el rey persa Ciro sería despertado para la liberación del pueblo e iniciar el regreso (Is. 44:28). Tal profecía muestra la soberanía de Dios. También hoy el Señor quiere despertarnos a los creyentes para la edificación de Su iglesia. Él edificará la iglesia con una seguridad “sólida como una roca” (cf. Mt. 16:18).

El cautiverio en Babilonia

El cautiverio en la alta cultura babilónica no era necesariamente una opresión para los judíos, ya que podían moverse libremente allí. En Su misericordia, el Señor por medio de Jeremías les había dicho:

“Porque él nos envió a decir en Babilonia: Largo será el cautiverio; edificad casas, y habitadlas; plantad huertos, y comed el fruto de ellos” (Jer. 29:28).

Sin embargo, el hecho de que sufrieron mucho bajo el castigo de Dios, se muestra en el Salmo 137:

“Junto a los ríos de Babilonia, Allí nos sentábamos, y aun llorábamos, Acordándonos de Sion. Sobre los sauces en medio de ella Colgamos nuestras arpas. Y los que nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, Y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: Cantadnos algunos de los cánticos de Sion. ¿Cómo cantaremos cántico de Jehová En tierra de extraños?” (vv. 1-4).

El pueblo es liberado para la edificación

¿Quién podría poner fin a este cautiverio y abrir la prisión? ¡Sólo el Todopoderoso! Según las palabras de los profetas, el exilio de Babilonia debería terminar después de setenta años. Eso es lo que pasó. Los babilonios fueron derrotados por el gobernante persa Ciro, que se apoderó de todo su imperio. Los judíos que habían sido deportados estaban ahora bajo el nuevo gobierno. Esta fue una señal clara de que Dios quería despejar el camino para el regreso de Su pueblo. Aunque Ciro no era creyente, Dios despertó su espíritu y proclamó:

“Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén” (Esdras 1:3).

El Señor tiene caminos maravillosos para liberar a los cautivos. Puede desatar cualquier cadena.

Qué rápido nos dejamos las personas capturar fuertemente por algo que nos hace esclavos del pecado. Sólo Dios puede liberarnos de las limitaciones internas, de las tradiciones religiosas y de los deseos mundanos. Por esto Cristo murió en la cruz y ganó la victoria sobre todas estas cosas.

Para el problema que surgió entre los gálatas Pablo tenía una solución: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado”* (Gal. 2:20). Esta es la sabiduría de Dios para librarnos de nuestro viejo hombre. Esta es la experiencia de creer que el Espíritu nos guía a toda la verdad. No le debemos nada más a la carne. Sólo queremos cumplir el deseo de nuestro Dios, no el de las naciones. Como creyentes, ya no estamos atados terrenalmente, sino libres para edificar Su iglesia. Volvemos al modelo de la iglesia bíblica y nos reunimos en unidad en nuestra localidad. Descartamos todas las tradiciones, formas, estatutos y la ley para caminar en la novedad del Espíritu. Por medio de este Espíritu recibimos Su cuidado para edificar, así se produce lo que viene de Él, lo que le corresponde al Señor, para Su gloria y gozo. Para esto, el Señor es hoy el Espíritu que nos guía a través de Su vida hacia la libertad:

“Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Co. 3:17).

IV. El despertar del espíritu para la Reconstrucción de Su iglesia

Salir de Babilonia es el primer paso; el segundo es edificar Su casa. Ciro dijo:

“Quien haya entre vosotros de su pueblo...”. *“Suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén”* (Esdras 1:3).

Cada uno del pueblo tenía la opción. Pero no todos los judíos de Babilonia estaban dispuestos, sino sólo un remanente cuyo espíritu despertó Dios. Es exactamente lo mismo con la edificación de la iglesia hoy. Dios libera, llama y despierta, para que nosotros también nos podamos abrir. ¿Cómo puede el Señor despertar nuestro espíritu hoy?

Nuestro llamado

El Señor trabaja de manera integral y soberana en todas nuestras vidas. Él despierta a propósito según la elección de Su gracia:

“Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Romanos 9:16).

Y sin embargo, Dios también necesita la voluntad del hombre y no ignora nuestro libre albedrío. Los requisitos previos no son las buenas cualidades, incluso las malas no tienen por qué ser un obstáculo. Jacob era un engañador, David había cometido pecados horribles, pero Dios aun así los despertó. Así que todo en nuestras vidas, desde la infancia, ha servido para despertarnos.

La apreciación de la Palabra

En el Salmo 137:1 dice:

“Allí nos sentábamos, y aun llorábamos, Acordándonos de Sion”.

Sus corazones estaban llenos de la palabra de los profetas, no la habían olvidado. Esa es otra razón por la cual Dios fue capaz de despertar sus espíritus. Prestaron atención a la palabra profética clara, y la guardaron, como lo hizo Job:

“Del mandamiento de sus labios nunca me separé; Guardé las palabras de su boca más que mi comida” (Job 23:12).

La Palabra de Dios había fortalecido a Job, ¿de qué otra manera podría haber resistido toda su miseria? ¡Dejemos que la grandiosa y poderosa Palabra de Dios viva y trabaje abundantemente en nuestros corazones! La Palabra no tiene que alumbrar en el primer momento. Tal vez necesites meditarla por un tiempo. Ora y habla personalmente con el Señor sobre lo que te concierne, como la oración del Salmo 27:

“Mi corazón guarda tu palabra” (v. 8).

Y también Moisés. Después de que el pueblo hubiera hecho el becerro de oro, él no quiso continuar solo. Se volvió hacia Dios y oró:

“Si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tus caminos, para que te conozca”. Dios le respondió: *“Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te dará descanso”* (Éxodo 33:13-14). Antes de dar el siguiente paso quería saber exactamente lo que Dios quería para Su pueblo. Y el Salmo 103 confirma que esto le agradó a Dios:

“Sus caminos notificó a Moisés, Y a los hijos de Israel sus obras” (v. 7).

¡Asegúrate de lo que Dios está haciendo hoy, no te hagas dependiente de las personas! Tu fe debe ser capaz de resistir incluso una prueba de fuego. ¿Qué te hace estar seguro? Que el Señor te ha revelado Su propósito a través de Su Palabra y que le conoces personalmente. Esto lo vemos también en Amós 3:7:

“Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”.

La Palabra de Dios y el Espíritu

El Espíritu quiere hablarnos diariamente, no sólo en las reuniones, a través de la Palabra, que es Espíritu y vida. A veces me toca algún versículo, el cual me habla en medio de las circunstancias de mi vida, y me da un motivo para orar. Lo que no me toca de inmediato, lo guardo en mi corazón. Es bueno llevarse un aperitivo cada día de sanas palabras para que el Espíritu pueda tomar de ellas y darnos luz y guiarnos. El Espíritu necesita la Palabra, y la Palabra necesita al Espíritu. Quiero experimentar cómo el Espíritu me habla a través de la Palabra de Dios y confiar en el cumplimiento de Su promesa.

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt. 5:3).

Ven vacío a la Palabra, y te llenará hasta rebosar, de tal manera que tengas también algo que compartir. El Espíritu es algo celestial, invisible, algo de mi herencia, que actúa inmediatamente en mí. Él nos alienta, vivifica, y nos da consuelo y una esperanza rica. Sólo juntos podemos experimentar las riquezas del Señor en todas sus dimensiones. Cada mover del Espíritu es importante porque es dado por Dios desde el cielo para la edificación de la iglesia en la tierra. Participamos de Él cuando tomamos el acceso al Espíritu de Dios y recibimos nuestra porción.

Oír, cuando el Señor habla

“Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios” (Is. 50:4).

Sin la Palabra no hay revelación ni avivamiento. Cada mañana el despertador me despierta, pero entonces Dios tiene que despertarme a través de Su Palabra. Oro: ¡Señor, abre mis oídos! Y me despierta día a día a través de Su Palabra. En los días del profeta Elí y de sus hijos *“la palabra del Señor escaseaba”* (1 Sam. 3:1).

Cuando el joven Samuel fue llamado por Dios, primero tuvo que aprender a escuchar la voz del Señor:

“Y Jehová volvió a aparecer en Silo; porque Jehová se manifestó a Samuel en Silo por la palabra de Jehová” (1 Samuel 3:21).

El Señor se te revela en la iglesia a través de Su Palabra. A Él le encanta aparecerse así. Nada de lo que proviene del deseo o pensamiento humano puede ser considerado revelación. Dios sólo quiere revelarse a través de Su Palabra.

Un corazón nuevo

“Y vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Como a estos higos buenos, así miraré a los transportados de Judá, a los cuales eché de este lugar a la tierra de los caldeos, para bien. Porque pondré mis ojos sobre ellos para bien, y los volveré a esta tierra, y los edificaré, y no los destruiré; los plantaré y no los arrancaré. Y les daré corazón para que me conozcan que yo soy Jehová; y me serán por pueblo, y yo les seré a ellos por Dios; porque se volverán a mí de todo su corazón” (Jer. 24:4-7).

Ve con todo tu corazón. Cuando te des cuenta de que tu corazón es tan malo, ve al Señor y deja que te dé un corazón nuevo (Ez. 11:19; 36:26).

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jer. 17:9.)

Un corazón no es fácil de educar, pero Dios crea en mí un corazón nuevo y puro. El Nuevo Pacto también incluye el corazón nuevo que Dios me da. Acepta esta promesa, da gracias por ella y sube con todos tus hermanos y hermanas. En ese momento, unos 50.000 judíos con sus pertenencias y muchos tesoros se trasladaron unos 800 km desde Babilonia a Jerusalén, mientras viajaban juntos durante casi cuatro meses y dependían unos de

otros. Como entonces, ahora también, los ojos del Señor se dirigen hacia nosotros y hacia nuestros caminos, que recorreremos por tierras lejanas junto con Cristo, nuestro gran tesoro interior. Dios puede conservar muy bien los bienes que nos han sido confiados hasta que llegemos a Jerusalén. Él mira a los que están con Él con todo Su corazón y no nos entrega a los ladrones. Subimos en paz y en el reposo del Señor, porque el Señor vela por nosotros. Esta peregrinación se caracteriza por la privación y la renuncia. Pero estamos contentos de pagar el precio y, como Moisés, preferimos sufrir adversidad con el pueblo de Dios que tener el placer pasajero del pecado.

El lugar correcto

En ese momento sólo algunos de los judíos de la alta cultura de Babilonia regresaron a una ciudad en ruinas. Este sigue siendo el caso de la mayoría de los cristianos de hoy. Permanecen en su “buena vida” en Babilonia. Se sienten cómodos allí, tienen sus amigos y contactos sociales, leen la Palabra y están bastante satisfechos. ¿Queremos por eso discutir con ellos? Sólo podemos dar testimonio de lo que el Señor nos ha mostrado y de lo que el Espíritu nos insta a hacer. El anhelo por Jerusalén arde en nuestros espíritus y nos lleva allí. Nos duele que no todos los hermanos y hermanas tengan este deseo.

Mi primera visita a una reunión de la iglesia fue como un amor a primera vista. Alabé al Señor por las riquezas de Su casa y el buen alimento espiritual que me sació. Al mismo tiempo recibí una visión interior de la presencia del Señor en Su casa.

“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Ap. 22:17).

El sentir correcto para la edificación de la iglesia en unidad

Cuando los judíos regresaron a Jerusalén, todos vieron la ciudad desde su perspectiva. Algunos puede que hubieran tenido que trabajar inmediatamente dada la cantidad de escombros que había. Otros puede que hubieran estado pensando en salir de allí rápidamente y trasladarse a las ciudades circundantes porque la vista era demasiado deprimente. (Esdras 3:1) Pero al final, todos se juntaron como un solo hombre en Jerusalén. Todos somos diferentes y venimos a este lugar con experiencias muy

diferentes. Nuestro sentir personal también es diferente en cuanto a lo que el Señor nos muestra. ¿Cómo podemos entonces ser edificados en unidad? Las reuniones son el lugar donde el Señor puede hablarnos, tratarnos y transformarnos. A menudo mis conceptos, ideas o preocupaciones se desvanecen después de una reunión. En Su casa está el altar del holocausto para la ofrenda quemada, una ofrenda completa en la que todo es quemado excepto la piel. Podemos poner cada sentir individual en el altar en beneficio del sentir de Cristo. Nos centramos en Él, lo buscamos juntos, y Él nos da Su sentir.

Romanos 12:2 nos habla de la necesidad de renovar nuestro entendimiento, y Filipenses 2:5 dice:

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”.

Como no podemos vivir con dos maneras de sentir, nos entregamos a la muerte y tomamos el sentir de Cristo. Él se dio a Sí mismo como sacrificio por nosotros; Él se dio con cada gota de sangre en la cruz por la iglesia. Este sentir también está dentro de nosotros. Somos alumnos y discípulos del Señor y podemos seguirlo. Cometemos errores, pero aun así crecemos. Porque queremos ser como Él, nos ejercitamos con paciencia. Cuando nos damos cuenta de que nuestros sentimientos o nuestra voluntad no le corresponden al Señor, lo ponemos en el altar. Jesús es un gran Salvador, Libertador y Sanador. Él nos perdona y nos une para la edificación de la iglesia. Con los hermanos y hermanas que Él ha llamado, queremos ser edificados en el lugar que Él ha elegido. Las personas elegidas por el Señor, son las personas adecuadas con las que debemos ser edificados.

La comunión

El Señor trabaja en nosotros a través de todo tipo de circunstancias y a través de nuestros hermanos. De esta manera, en la iglesia, Él quiere despertar a los mayores a través de los jóvenes y viceversa. El joven rey Roboam no tenía confianza en los ancianos y sólo escuchaba a sus contemporáneos, con la consecuencia de que todo el pueblo sufrió daños. El Señor quiere que todos los hermanos de la iglesia tengan una buena relación, que abran sus corazones los unos a los otros y que tengan una comunión cordial. Juntos podemos asirnos del Señor, disfrutarlo y expresar Su humanidad.

El cuidado en Su casa

No necesitamos un siervo asalariado, porque tenemos al Señor mismo que le habla a Su rebaño y lo alimenta. El asalariado no tiene nada que ver con

las ovejas, sólo con un servicio por dinero. Hoy en día hay muchos siervos asalariados. El Señor dijo por medio de Pedro en 1 Pedro 5:2: “*Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros*”.

Comienza a servir, profundiza en la Palabra, usa tu espíritu, ¡habla! Al que habla las palabras de Dios, el Espíritu le da sin medida para la edificación. “Restaura, oh Señor Tu testimonio, y levanta a Jerusalén”.

M. Sch.

laiglesiaenmalaga.es

La restauración de la Casa de Dios en el libro de Esdras

V. Edificar y ser edificados

(Esdras 3:6-12)

“En el año segundo de su venida a la casa de Dios en Jerusalén, en el mes segundo, comenzaron Zorobabel hijo de Salatiel, Jesúa hijo de Josadac y los otros sus hermanos, los sacerdotes y los levitas, y todos los que habían venido de la cautividad a Jerusalén; y pusieron a los levitas de veinte años arriba para que activasen la obra de la casa de Jehová.

Jesúa también, sus hijos y sus hermanos, Cadmiel y sus hijos, hijos de Judá, como un solo hombre asistían para activar a los que hacían la obra en la casa de Dios, junto con los hijos de Henadad, sus hijos y sus hermanos, levitas.

Y cuando los albañiles del templo de Jehová echaban los cimientos, pusieron a los sacerdotes vestidos de sus ropas y con trompetas, y a los levitas hijos de Asaf con címbalos, para que alabasen a Jehová, según la ordenanza de David rey de Israel.

Y cantaban, alabando y dando gracias a Jehová, y diciendo: Porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia sobre Israel. Y todo el pueblo aclamaba con gran júbilo, alabando a Jehová porque se echaban los cimientos de la casa de Jehová.

Y muchos de los sacerdotes, de los levitas y de los jefes de casas paternas, ancianos que habían visto la casa primera, viendo echar los cimientos de esta casa, lloraban en alta voz, mientras muchos otros daban grandes gritos de alegría.

Y no podía distinguir el pueblo el clamor de los gritos de alegría, de la voz del lloro; porque clamaba el pueblo con gran júbilo, y se oía el ruido hasta de lejos” (Esdras 3:8-13).

En el capítulo 3 del libro de Esdras comienza la reconstrucción concreta de la casa de Dios. Es asombroso que el Señor llame primero a Su pueblo a través de un incrédulo. Dios despertó el espíritu del rey Ciro y luego el espíritu de Su pueblo, para que fuera a Jerusalén a edificar la casa de Dios. No se informa aquí de ningún otro criterio o motivo para el retorno que el espíritu despierto.

También en la edificación de la iglesia hoy no debemos olvidar que el Señor no nos ha llamado porque tengamos cualidades especiales, sino simplemente porque el Señor nos ha elegido para edificar Su casa. ¡Eso es maravilloso! Y por eso ha despertado nuestro espíritu y quiere despertarlo cada vez más. Dios necesita personas que estén dispuestas a seguir este camino con Él.

Para Su pueblo en ese momento no era un trayecto corto, como para algunos de nosotros hoy que sólo necesitamos diez minutos o una hora para llegar a la reunión. Su pueblo tuvo que recorrer un largo camino hasta Jerusalén. Y cuando llegaron allí, la vista de la ciudad destruida no era ciertamente fácil de sobrellevar. Pero ellos tenían un espíritu despierto y a través de él podían soportar el largo camino y comenzar a edificar la casa de Dios. En el segundo año, después de su llegada a Jerusalén, en el segundo mes, echaron los cimientos o, como dicen otras traducciones, los fundamentos.

A. Cristo, la piedra angular

En el Nuevo Testamento tenemos una maravillosa piedra viva de fundamento, una piedra angular preciosa, escogida por Dios y preciosa. En 1 Pedro 2:4-7 leemos acerca de la piedra viva:

“Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; Y el que creyere en él, no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, La piedra que los edificadores desecharon, Ha venido a ser la cabeza del ángulo”.

Para venir a Él como la piedra viva del edificio, no se necesita ninguna calificación especial, sólo un espíritu despierto y el amor por Su casa. En ese momento, podían construir e incluso supervisar a partir de los 20 años. Hoy en día, este límite de edad ya no existe. Los más jóvenes no tienen que esperar hasta que tengan 20 años o más para edificar. En el Nuevo Pacto, el Señor nos llama a cada uno de nosotros, cuyo espíritu está despierto, desde el menor hasta el mayor, para edificar Su casa. Nadie debe dejar de participar, todos son necesarios para la edificación. Y todos podemos edificar viniendo a Cristo, la piedra angular viviente.

Siempre que nos volvemos al Señor, Él nos da la salvación. El Señor es un Dios Salvador: de tantas huellas del pasado, de experiencias malas y buenas, o incluso de pecados habituales. El Señor quiere salvarnos de todo lo que se interpone en el camino de nuestra edificación común.

Cuando Pedro recibió la revelación del Padre y dijo: “*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*” (Mateo 16:16), el Señor fue un paso más allá y le reveló: “*Sobre esta roca edificaré mi iglesia*” (v. 18).

La revelación sobre el Cristo glorioso, el Hijo del Dios viviente, es extremadamente importante y todos la necesitamos. Pero Jesús tiene aún algo más en Su corazón que la revelación de Sí mismo como el Cristo. Él le muestra a Pedro que Él quiere y edificará Su iglesia. Tal como está escrito en 1 Pedro 2: El que viene a Él como piedra viva, también se edifica como piedra viva. Cuando venimos al Señor, también venimos al que quiere edificar Su iglesia. Jesús es más que un Dios salvador: Él es el que lo dio todo para edificar Su iglesia.

Cuando nos acercamos a Él, el Señor dirá: “Tú también eres para el edificio, ven y deja que te edifique”. ¡Eso no es difícil de entender! Hasta los niños cantan la canción: “Yo -aleluya- soy una piedra, para edificar la iglesia”. Sí, eso debe estar en nuestros corazones. Somos piedras para la edificación, desde el menor hasta el mayor. Pero también está escrito en los versículos de 1 Pedro 2:4-7 que la piedra viva es rechazada por los hombres. ¡Eso es trágico!

Hasta el día de hoy, el Señor no es reconocido, e incluso rechazado, como la piedra angular viviente, y otras cosas son consideradas importantes y puestas en el centro de atención.

Escogida por Dios, preciosa

(1 Pe. 2:4, 6-7; Mt. 17:3-5; 2 Tim. 2:19)

Para Dios, la piedra angular, el Cristo, es tan precioso, tan confiable, tan adecuada para edificar con Él. Espero que también para nosotros sea siempre tan claro que Cristo es la piedra angular viva maravillosa, escogida por Dios y preciosa. Dios no le concede el honor a nadie más.

El Señor nos ha llamado desde muchas direcciones y orígenes diferentes para la edificación. Especialmente hoy en día, no todo el mundo puede ser utilizado para ciertos trabajos. Las profesiones son especializadas y requieren una larga formación. ¿Cómo es posible que el Dios viviente pueda llamar a personas tan diferentes para Su obra en la tierra? Es porque todos deben venir a la piedra viva y en Cristo obtienen una dirección clara respecto

a la meta. La piedra angular ya ha sido colocada, ahora el Señor puede reunir piedras vivas de diferentes lados y construir Su casa espiritual.

B. La medida y la alineación se orientan en la piedra angular

En el templo se levanta en primer lugar el altar, sobre el cual todos tenemos que ser terminados. Allí testificamos: “Señor, quiero entregarme a ti para la edificación, pero sé que no soy útil como soy”. Pero a través del crucificado, podemos darnos para la edificación.

La obra del Crucificado

“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Heb. 12:2).

Cuando el Señor nos dirige hacia Él, entonces está claro cómo va adelante la edificación: a través de un Espíritu despierto y a través del Crucificado.

“Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:2).

Para la edificación de los creyentes en Corinto, Pablo no quería saber nada más que a Jesucristo y a Éste crucificado.

“Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Co. 2:3-5).

Nuestra fe y la edificación de la iglesia no se basan en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios. El Señor es la medida de todas las cosas en la vida de la iglesia. No se trata de un estándar alto o bajo, sino sólo de Cristo.

De acuerdo a nuestra medida

“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros” (Ro. 12:3-4a).

Es maravilloso que Dios nos haya dado a cada uno de nosotros una medida. No importa si es pequeña o grande, sólo es importante que nos une para la edificación del cuerpo.

“De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría” (Ro. 12:6-8).

La vida de la iglesia ofrece muchas oportunidades prácticas donde podemos servir para edificar con nuestra medida. Experimentamos mucha alegría y ánimo. Pero a veces nos desanimamos, nos miramos a nosotros mismos y pensamos: “¿Qué puedo dar?”. Hace poco dije en una ocasión: “Señor, ¿cómo se hará esto?”, pero luego continué: “Nada va a pasar, o haces algo o no pasará nada”. ¡Y el Señor respondió esta oración! Cuando estaba listo y dije: “Señor, dejaré el tema, o lo haces Tú o nadie más”, el Señor pudo trabajar y edificarnos.

“Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma” (He. 10:39).

No valoramos lo suficiente lo que tenemos en el Señor. Por favor, tráele a Él lo que tenemos en el Señor, y el Señor dará abundantemente. Ya sea en el servicio práctico o una oración o un testimonio en las reuniones, ¡tráelo para la edificación!

C. Venir a la piedra angular y ser edificado

Todo aquel que venga a la piedra viva será edificado. El Señor nos unirá, y marcará la dirección. A veces también nos limitará, incluso nos llevará hasta un final y también nos realinearé. Pero alabado sea el Señor, ¡Él está edificando!

A veces también nos damos cuenta de que algo no encaja en la edificación. Creemos que esta práctica o enseñanza es buena hasta que el Señor nos da un sentir en el espíritu de que no conviene. ¿Qué dice Pablo?

“Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica” (1 Co. 10:23).

Es bueno recordar esa palabra. Mucho de lo que está permitido no edifica. Me gusta decir: “Yo puedo, soy un hombre libre. Puedo ir a donde quiera”. Esto requiere discernimiento. Muchas cosas son diferentes en la edificación. Cuando traemos algo inútil a la piedra viva, Cristo, nos damos cuenta que no es apto para la edificación. Cuando venimos al Crucificado, todo lo que queríamos traer de nosotros es terminado.

Ejercitar el discernimiento (Hebreos 4:12)

Recientemente quise traer algo bueno a la reunión y sigo pensando que es bueno. Pero al menos en ese momento no era adecuado para la edificación. ¡La experiencia fue preciosa por tener que dejar el asunto en el Señor! Mirando la cruz podemos dejar muchas cosas y confiar en el Señor: Si es realmente necesario, puedes recordárselo y traerlo en el momento oportuno. Mientras edificamos, aprendemos a discernir:

“Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (Heb. 5:14).

Nutrirnos con el alimento sólido de la Palabra viva agudiza nuestro discernimiento. Así nos damos cuenta cuando algo sabe diferente y ya no es el Señor viviente. Podemos distinguir entre el bien y el mal y, sobre todo, lo que es bueno para la edificación y lo que no lo es.

En el capítulo 3 de Esdras no sólo hubo edificación. A veces es sólo eso. Pero no lo hicieron en Esdras 3:

“Y cuando los albañiles del templo de Jehová echaban los cimientos, pusieron a los sacerdotes vestidos de sus ropas y con trompetas, y a los levitas hijos de Asaf con címbalos, para que alabasen a Jehová, según la ordenanza de David rey de Israel. Y cantaban, alabando y dando gracias a Jehová, y diciendo: Porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia sobre Israel. Y todo el pueblo aclamaba con gran júbilo, alabando a Jehová porque se echaban los cimientos de la casa de Jehová” (Esdras 3:10-11).

En aquel tiempo, en la edificación terrenal de la casa de Dios, el pueblo estaba tan enfocado en el Señor que, a pesar de todo su trabajo y oposición, nunca olvidaron la alabanza a Su Dios. ¡Cuánta más alabanza debe brotar hoy de nuestros corazones! ¡Alabamos al Señor y nos regocijamos en Él porque Él es la piedra viva, la piedra angular!

A.N.

La restauración de la Casa de Dios en el libro de Esdras

Cristo - la piedra angular del edificio de la iglesia

¡Alabemos al Señor por ser nuestra piedra angular, y nuestra piedra de fundamento sobre la cual Su iglesia es edificada! Porque *“el que creyere en él, no será avergonzado”* (1 Pedro 2:6). Esta maravillosa promesa es muy práctica y actual. Se refiere a la edificación actual. Creo en esta piedra angular y no me avergüenzo. Es la misma piedra angular ahora, a finales de 2017, que hace quizás cinco o diez años cuando mis situaciones eran muy diferente, la misma que fija la medida y dirección de la edificación, El versículo es siempre aplicable. Tal vez tengo preguntas sobre la edificación de la iglesia donde me reúno, y estoy buscando una solución. Pero la Palabra dice: *“Venid a él”*, y, *“... quien crea en él no será avergonzado”*. No creemos superficialmente en una solución, sino en Ella, la piedra angular, solo Ella es la solución, solo Ella nos une. Cuando todos venimos a Él, somos edificados. Y en este punto el Señor prueba nuestra fe.

Él solo es la piedra angular y la piedra de fundamento y en estos días nos pregunta a cada uno de nosotros: *“¿Crees en Mí?”*. Él puede edificar con cada uno de nosotros cuando venimos a Él.

Cuando se colocó la primera piedra de la casa de Dios en Esdras 3, todo el pueblo se regocijó:

“Y todo el pueblo aclamaba con gran júbilo, alabando a Jehová porque se echaban los cimientos de la casa de Jehová” (v. 11).

Hermanos y hermanas, tenemos muchos motivos para alegrarnos. El fundamento ya ha sido puesto, cantemos gozosos. ¡Dios ya ha escogido y puesto una piedra en Sion! Independientemente de si la piedra es rechazada por el hombre o no, Dios la ha escogido y así ha creado el fundamento para completar la casa del Señor. La piedra de remate fue colocada y la casa fue finalmente terminada porque la mano del Señor estaba con los constructores.

Cristo es la medida de la edificación en cada iglesia. Por eso no nos medimos entre nosotros, eso solo nos crea dificultades. Si nos comparamos, solo lo hacemos con la piedra angular. Para nosotros hay medidas grandes y pequeñas, pero para el Señor hay una sola medida: Cristo.

Así se oirá el júbilo desde lejos. El versículo 13 dice:

“... Porque clamaba el pueblo con gran júbilo, y se oía el ruido hasta de lejos”.

Todos pueden escuchar que estamos en Su casa y que estamos edificando sobre Cristo. ¡Dilo en voz alta! Este Cristo es la piedra angular: ¡Proclámalo! Si el Señor te ha dado una palabra, ¡háblala para la edificación! Una palabra que te ha tocado, que quizás la habías leído, una palabra de verdad, que puede dirigir inmediatamente tus pensamientos y los de tus hermanos y hermanas. Todos necesitamos la Palabra viva porque todos somos débiles, todos tenemos nuestra carne y necesitamos volvernos al Espíritu.

Pero tanto gozo moviliza al enemigo. Le molesta mucho que las personas se hayan propuesto recorrer 800 km, invertir tres meses para llegar a un lugar lleno de escombros y reedificarlo. Le molesta que estemos en el plan del Señor y queramos llevarlo a cabo. El enemigo hará cualquier cosa para evitarlo.

En 2 Corintios 2:11, Pablo dice: “*Para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones*”.

¿Qué maquina? Como señor de las puertas del Hades, él quiere aplastar y destruir la iglesia. Examinemos ahora su estrategia. Necesitamos saber cómo trabaja el enemigo para que no se aproveche de nosotros.

VI. La batalla por la edificación de la casa de Dios (Esdras 4)

A. Los enemigos de Judá – los samaritanos (2 Reyes 17)

“*Oyendo los enemigos de Judá y de Benjamín que los venidos de la cautividad edificaban el templo de Jehová Dios de Israel, vinieron a Zorobabel y a los jefes de casas paternas, y les dijeron: Edificaremos con vosotros, porque como vosotros buscamos a vuestro Dios, y a él ofrecemos sacrificios desde los días de Esar-hadón rey de Asiria, que nos hizo venir aquí*” (Esdras 4:1-2).

Los enemigos de Judá y Benjamín eran samaritanos, un pueblo mestizo como se describe en 2 Reyes 17:24.

Adoraban a muchos dioses, y debido a que habitaban en la tierra de Israel, también añadieron al Dios de Israel. Un sacerdote israelita había sido llamado especialmente del cautiverio para mostrarle a este pueblo cómo temer a Dios.

Los samaritanos vivían alrededor de Jerusalén, como los que habían regresado, y como también adoraban al Dios de los judíos, le ofrecieron su cooperación. Pero mezclar la adoración del Dios único con las prácticas

paganas del imperio babilónico representaba un peligro para la edificación y el uso del templo.

Por eso, los que regresaron a Jerusalén les respondieron:

“No nos conviene edificar con vosotros casa a nuestro Dios, sino que nosotros solos la edificaremos a Jehová Dios de Israel, como nos mandó el rey Ciro, rey de Persia” (v. 3).

1. Nuestro yo, el alma caída, no pueden agradar a Dios

Estamos en un debate similar: tenemos la mira puesta completamente en edificar una casa para el Señor, pero hay enemigos que están muy cerca de nosotros, que “viven” a nuestro alrededor e incluso “viven” en nosotros y obstaculizan la edificación. Ahí está nuestro yo, nuestra alma caída, y a nuestro alrededor está este presente siglo y el dios de este siglo. Frente a todos estos enemigos, Pablo sólo mira al Señor como la piedra angular para edificar. Porque cuando Él dejó Su vida en la cruz, nuestro viejo yo y el enemigo también terminaron. Pablo proclama este hecho: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”* (Gal. 2:19-20). Y en Filipenses 3 confiesa: *“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo”* (v. 7). En otras palabras: lo aparentemente bueno que viene de mí es puesto sobre el altar. Lo tengo como pérdida por amor a Cristo.

a. La vejez de la letra (Ro. 7:6)

Una y otra vez hay situaciones en las que pienso: soy salvo, el Señor vive en mí y lo que viene de mí debe agradar al Señor. En ocasiones incluso establezco buenas reglas para edificar, olvidando que mi alma ha caído. La carne sigue siendo carne y no puede agradar a Dios.

Zorobabel y Josué, los jefes de familia, no empezaron a edificar según las reglas, sino porque su espíritu fue despertado, porque el Señor los había llamado: *“¡Salid y edificad la casa!”*. Este llamado del Señor fue su motivación y fuerza para edificar. Eran plenamente conscientes de que Dios les mostraría cómo edificar.

A las personas nos gusta establecer reglas: de esta manera y de esta otra debemos edificar. Quizás sigo una regla de cómo orar o vestirme. Pero luego voy un paso más allá y digo: *“¡Hay que orar así!”*. Al final quizás se da la impresión de unidad, pero ¿con qué facilidad reemplazamos la piedra angular, que por sí sola puede hacernos uno y mantenernos unidos, por reglas y por nuestro yo? Que el Señor nos proteja de nosotros mismos, de nuestras

buenas ideas, de nuestra buena regla de cómo edificar la iglesia. ¡Prestemos mucha más atención al Espíritu!

b. La sabiduría humana (Pr. 3:5, 7; 1 Co. 2:9; 2 Co. 3:5)

Me gusta confiar en mi mente, en mis buenas ideas de cómo podemos ser más activos y cómo ganar más hermanos y hermanas. Pero cuando el Señor me toca, pongo esta idea en el altar y la dejo allí y veo lo que queda después de quemarse. Si son cenizas, lo olvido. Si el Señor puede usarlo a través de pasar por la muerte y la resurrección - ¡maravilloso! Confío en el Señor más que en mí mismo.

En el libro de Job, el joven Eliú esperó hasta que todos los sabios hubieran acabado, y entonces dijo:

“Yo soy joven, y vosotros ancianos; Por tanto, he tenido miedo, y he temido declararos mi opinión. Yo decía: Los días hablarán, Y la muchedumbre de años declarará sabiduría. Ciertamente espíritu hay en el hombre, Y el sople del Omnipotente le hace que entienda” (Job 32:6).

Ni nuestra experiencia, ni nuestra sabiduría, ni nuestra capacidad de interpretar la Palabra nos capacitan para edificar, sino el Espíritu en nosotros y el aliento del Todopoderoso que nos hace entender. Pablo dice en 2 Timoteo 3:16: *“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”*.

¡Limitémonos a nuestro espíritu y al Espíritu del Señor y a Su Palabra!

c. Exaltarse a sí mismo o a los otros (Gálatas 2:6; Ezequiel 28:2)

Nuestro yo dice: ¡Yo - soy importante! Está en nuestra carne. Así es como fuimos educados y criados: ¡Tú eres importante, forma tu opinión y mantente firme! Esto puede ser cierto en el mundo, pero si soy tan egocéntrico en la vida de la iglesia que quiero defender y forzar mi opinión, esto puede obstaculizar y destruir la edificación.

Seguramente conoces la historia de Aarón y Miriam o también Coré en el libro de Números (Cap. 12 y Cap. 16). Sólo hay tres capítulos entre los dos incidentes. Algunos del pueblo se rebelaron y dijeron: *“¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros? Y lo oyó Jehová”* (Num. 12:2). Detrás de la pregunta de Aarón y Miriam había una afirmación: “Yo también tengo algo que decir, lo sé hacer mejor”. La declaración de Pedro: *“Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca”* (Mt. 16:22) pertenece a la misma categoría. Pedro pensó que sabía más que el Señor, pero fue severamente amonestado para su salvación.

En el tiempo del Antiguo Testamento, el Señor habló a través de Moisés y juzgó inmediatamente la rebelión. Miriam se volvió leprosa y Coré y su séquito fueron devorados vivos por la tierra. Este incidente me advierte. ¡Señor Jesús, no quiero preocuparme tanto! Sí, mi mente es muy importante y lo que surge de ella, pero no mi opinión, mi terquedad; daña a la iglesia y puede dividir. Quizás esté buscando personas afines, y si alguien no está de acuerdo con mi opinión, los desprecio y lo intento con la siguiente. Esta actitud divide y rompe la unidad.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado” (Gal. 2:19). Esta palabra debe vivir en nuestros corazones para que el Espíritu pueda reaccionar rápidamente: Estás crucificado conmigo. ¡No hagas eso ahora! ¡Ven a Mí como la piedra angular!

B. La estrategia de Satanás: la mezcla (Esdras 4:2) o la intimidación (Esdras 4:4, 13, 23-24)

1. el mundo

El enemigo es el príncipe de este siglo. Él trata de introducir su naturaleza y métodos en la vida de la iglesia. Dice que los samaritanos, en Esdras 4:2:

“Vinieron a Zorobabel y a los jefes de casas paternas, y les dijeron: ¡Edificaremos con vosotros!”.

El enemigo finge querer edificar, usando nuestra carne y nuestra cercanía a este siglo. Por supuesto, todos tenemos nuestra carne, somos seres caídos y débiles y a veces nos ofendemos. Pero venimos al Señor y nos dejamos tratar por Él. Con esta actitud queremos edificar la casa del Señor. El enemigo no debe abusar de nosotros para causar inquietud en la iglesia. ¡Que el Señor nos guarde de esto! ¿No somos extranjeros en este mundo? Vivimos en el mundo, cada uno en su propio ámbito: como alumno, como aprendiz, en la escuela, en el trabajo, en la casa, en el vecindario, pero no pertenecemos a este mundo. ¡Satanás no debería ser capaz de usarnos como juguetes para sus intereses!

Nuestro Dios es también un Dios celoso:

“¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?” (Sant. 4:4-5).

“Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Celé con gran celo a Jerusalén y a Sion. Y estoy muy airado contra las naciones que están reposadas” (Zac. 1:14).

a. Aceptión de personas

Ya sabemos que: el mundo nos influye, por ejemplo, en lo que tenemos ante nuestros ojos. Incluso el mismo Samuel sucumbió a esta influencia cuando vio a Eliab, pero tenía que ungir al joven David:

“Pero Jehová le dijo a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Sam. 16:7).

Mirar a la persona es el principio del mundo. Siempre corremos el peligro de admirar a las personas, medirnos con ellas, compararnos. No queremos introducir esto en la casa del Señor. Estar centrados en los hombres nos separa unos de otros. Cuando pienso: “Él o ella tiene un gran conocimiento, me gusta escucharlo”, o cuando lo elogio, incluso delante de otros, ensalzo a las personas. ¡Oigamos al Espíritu! Cada palabra en el Espíritu es preciosa para edificar, no importa quién hable.

b. Principios propios - vanidad, falsedad, tolerancia

(Ef. 4:17-19; Gal. 2:4)

En Apocalipsis 17, el Señor habla de la ramera de Babilonia con quien los reyes de la tierra han fornicado. El hecho de que se siente sobre muchas aguas significa que participa en muchas cosas.

“Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación” (Ap. 17:1-2).

Su apariencia es descrita en el versículo cuatro:

“Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas”.

Estaba recubierta de oro. Por dentro las cosas eran muy diferentes. ¿Recuerdas los siete candelabros de oro en Apocalipsis 1, o el candelero en Zacarías 4:2? Estaban hechos enteramente de oro, no solo chapados (recubiertos) en oro. Babilonia, por otro lado, tiene más apariencia que sustancia, brilla hacia el exterior, pero está llena de impurezas en el interior.

¡Probemos nuestros corazones! Quiero probarme una y otra vez: ¿Oro para que el hermano que está a mi lado piense: “Lo has dicho bien”? En una comunión, el Señor me puso ante el espejo: si te importa lo que los demás piensen de ti, entonces aquí hay algo que está recubierto de oro. Pude haberme resistido a la luz, pero vine a la piedra angular y me arrepentí y dije: “¡Señor, gracias por darme luz!”. El enemigo es muy astuto y trabaja en secreto. Pero si el Señor nos ilumina a través de un hermano y nos damos cuenta de que fingimos, entonces arrepintámonos y digámosle al Señor: “Quiero edificar Tu casa, no quiero destruirla”.

Otro principio del mundo es la tolerancia, que se está ampliando cada vez más e incluso se consagra en la legislación, como hemos visto este año. Quienquiera que se posicione en contra de ella y la describa como pecado ante Dios, es, como mínimo, insultado. Uno está tentado a ceder a tal resistencia y, para no parecer intolerante, sin darte cuenta traes la mezcla a la casa de Dios.

c. Dominado por el príncipe de este mundo (2 Co. 4:4)

La palabra pecado ya no se conoce en este mundo. Pero el Señor llama al pecado por su nombre. En nuestros días, estamos sujetos a represalias si defendemos la causa del Señor y no queremos tener nada que ver con el pecado. En el trato mutuo, especialmente entre los jóvenes, se ha extendido mucha malicia, con burlas y exclusiones, de modo que nuestros jóvenes apenas se atreven a adoptar una postura clara y a diferenciarse de los otros.

C. Nuestra decisión – “Nosotros solos, edificaremos casa al Señor, Dios de Israel” (Esdras 4:3)

No somos de este mundo, hemos nacido de lo alto y no necesitamos mezclarnos con el mundo. Tenemos una vida celestial y la piedra angular como garantía de que la casa de Dios puede ser construida en pureza y santidad. Podemos alabar al Señor por hombres como Zorobabel y Josué, quienes tenían una posición clara y firme:

“No nos conviene edificar con vosotros casa a nuestro Dios, sino que nosotros solos la edificaremos a Jehová Dios de Israel” (Esdras 4:3).

1. Poner a prueba lo que es diferente (Fil. 1:10)

A veces necesitamos también una corrección por parte de un “Zorobabel” que dice: “¡Solo nosotros...!”. Qué maravilloso que haya tantos hermanos. A veces son los ancianos a quienes el Señor da una impresión y que en un momento dado dicen: “¡Déjalo!”. Entonces surge la pregunta: ¿en qué área estoy? Si voy al Señor con esto, ¿puedo aceptar la amonestación? Si me resisto, podría dañarme a mí mismo y a la edificación. Aquellos que querían participar en la edificación son llamados adversarios de Judá. De repente me opongo a la edificación, porque no quiero ser corregido. Tal vez la corrección viene de mi esposa, que ha tenido un sentir del Señor y me dice: “Así no. No puedes hacerlo así”. Cuántas veces he sido corregido, porque me he visto en el espejo de “Zorobabel”. A veces tal corrección no viene directamente, sino a través de un testimonio, una oración o un versículo en una comunión personal o en la reunión. Qué maravilloso es cuando nos dejamos corregir, cuando nos dejamos reducir sólo al espíritu.

Me gustaría repetirlo: se supone que ninguno de nosotros tiene una mala intención cuando traemos cosas a la vida de la iglesia que no conducen a la edificación. Pueden parecer buenas y rectas, pero cuando la corrección viene del Espíritu y nuestra conciencia reacciona, tenemos que ir al Señor y decirle: “Señor, lo dejo. Te lo pongo a Ti en el altar”.

Estamos aquí para edificar juntos la casa del Señor. No olvidemos lo que se dice de Satanás (Jn 10:10): “*El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir*”. Para no caer en las manos de este ladrón, necesitamos ser corregidos una y otra vez.

2. Consagrarse (Jn. 12:31; 14:30)

“*Porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí*” (Jn. 14:30). El Señor era tan claro y puro. Aunque nos ocupamos de las cosas del mundo a diario, no queremos que nos acepten, sino aprender a proteger nuestros corazones de muchas influencias dañinas y a rechazarlas.

3. Una casa espiritual, un sacerdocio santo (1 Pedro 2:5)

A veces es incluso necesario reprender a los creyentes cuando, con cierta incompreensión y persistencia, intentan traer ciertas cosas a la vida de la

iglesia que causan un malestar incompatible con la piedra angular. Pablo advierte en el último capítulo de la epístola a los Romanos:

“Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos” (Romanos 16:18).

Si algo es perjudicial para la unidad y la edificación, no debemos ser ingenuos. No te dejes seducir por los hermosos discursos y las dulces palabras, aunque desafortunadamente no sucede tan raramente. No pienses: no me va a pasar nada, sé cuál es mi postura.

¿Por qué Pablo le escribe tales palabras a una iglesia como Roma, que ciertamente tenía una buena vida práctica de la iglesia? “Que os apartéis de ellos”- eso a veces duele, pero es una protección para la casa de Dios. El enemigo está tratando de destruir la iglesia siempre que puede. Si no puede hacerlo mediante la mezcla, intentará desanimarnos:

“Pero el pueblo de la tierra intimidó al pueblo de Judá, y lo atemorizó para que no edificara. Sobornaron además contra ellos a los consejeros para frustrar sus propósitos, todo el tiempo de Ciro rey de Persia y hasta el reinado de Darío rey de Persia” (Esdras 4:4-5).

Se les impidió construir durante varios años.

“Entonces cesó la obra de la casa de Dios que estaba en Jerusalén, y quedó suspendida hasta el año segundo del reinado de Darío rey de Persia” (Esdras 4:24).

Esta es la segunda estafa del enemigo: Nos paraliza y nos hace creer: “¡No tienes que edificar. Es suficiente con estar en el lugar correcto. Cuida tu propia casa artesonada!”. Pero también podemos aprender de la dirección de Zorobabel, Josué y los jefes de las familias y decir: “Señor, queremos seguir edificando Tu casa en gloria y pureza. Queremos que tengas a Tu novia, a quien tanto anhelas”.

4. Una virgen pura (2 Co. 11:2; Jn. 1:27; Ap. 2:4-5; 14:4; 21:9)

Pablo estaba lleno del celo de Dios por la iglesia:

“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Co. 11:2).

Oremos: “Señor, despierta de nuevo mi espíritu para la pureza de Tu casa. Háblame cuando viva una vida mixta (mezclada)”. Quiero estar allí cuando sea puesta la piedra de remate”.

El Señor quiere presentarse una virgen pura. En la iglesia en Éfeso el Señor echa de menos el primer y mejor amor para Él, y les amonesta (Ap. 2:1-7). Dirijámonos cada día de nuevo al Señor y digámosle cada mañana al levantarnos: “Señor, este día es Tuyo. Tú gobiernas mi corazón. Déjame oír Tu voz. Ilumina los ojos de mi corazón mientras leo Tu palabra. Quiero verte hoy como el Cristo que está edificando Su iglesia pura conmigo”.

“Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios” (Ap. 14:4-5).

¿No es esta una promesa maravillosa para nosotros cuando nos entregamos de nuevo al Señor con toda sencillez? No dejes que algo que pasara ayer te desanime. Si el enemigo te ha engañado, arrepíentete y di: “Señor, lo dejo atrás, ahora te sigo como el Cordero. Señor, quiero ser útil para edificar la iglesia y estar presente cuando la novia descienda del cielo:

“Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios” (Ap. 21:9b-11a):

Hacia ahí nos dirigimos, esta es nuestra meta final: “... *Ella tenía la gloria de Dios*”.

Pablo le dice a los Filipenses: “... *Para que aprobéis lo mejor*” (Fil. 1:10). Otra traducción dice en ese punto: “... lo que importa...”. Comprueba lo que es importante. Depende de esta gloria de Dios. Cada uno de nosotros, desde el más joven hasta el mayor, tiene plena responsabilidad. Cada uno de nosotros debe comprobar lo que realmente importa, y traerlo, ¡edifica con lo que la gloria de Dios expresa!

Ti. Ri.

La restauración de la Casa de Dios en el libro de Esdras

VII. Dios mismo motiva a seguir edificando

(Hag. 1-2; Zac. 1:1-6)

Oración: “Señor, te damos gracias porque esta noche quieres desvelarnos Tu Palabra. Tu Palabra es espíritu y vida y queremos recibirla como tal. No confiamos en nuestras mentes, sino en Tu Espíritu. Te damos nuestro corazón lleno de gratitud por traernos a Tu casa. Tú quieres usarnos a cada uno de nosotros para edificar Tu iglesia gloriosa. Amén”.

Su plan y Su obra

Escribí como primera frase: Su plan y Su obra, porque en ella nos encontramos. Ninguno de nosotros concibió la iglesia. Ni siquiera estábamos vivos cuando se planeó. La gente ha ideado muchos grupos cristianos. La forma en que construyen, organizan y celebran sus reuniones surge de la imaginación humana. En la iglesia, las cosas son muy diferentes. Cuando edificamos la iglesia, debemos olvidar nuestros propios pensamientos y opiniones. Solo es cuestión de escuchar lo que le agrada a nuestra Cabeza, Cristo. Él Dijo: “*Yo edificaré mi iglesia*”. No es nuestra obra. Lo que nos corresponde a nosotros es ejercitarnos en escuchar al Señor. El que tiene la responsabilidad principal es el Dios de la consolación.

El Dios de la consolación

Siempre necesitamos motivación. Todos hemos pasado por períodos de desánimo y, por lo tanto, necesitamos que se nos anime constantemente. Por eso la carta a los romanos dice:

“Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza. Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús” (Ro. 15:4-5).

El ánimo y un mismo sentir deben ir de la mano. No debemos permitir que solo una parte de la iglesia esté motivada. Nuestro Dios quiere animarnos

a todos y a cada uno de nosotros. Dios no deja atrás a los débiles. Esa es una cualidad maravillosa de nuestro Dios. Incluso eligió a los débiles

“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte” (1 Co. 1:26-27).

¿Queremos ser necios y débiles? Estoy de acuerdo porque soy consciente de mi situación, de mis debilidades y habilidades. Me alegro mucho de que el Señor haya elegido a los débiles y a los necios. Se ha preocupado especialmente de llevar a los débiles a su destino y de no perder a ninguno de ellos. El Señor dijo una vez: *“Ninguno de ellos se perdió sino el Hijo de la perdición”* (Jn. 17:12). Podemos ser débiles y caer. El justo cae siete veces, pero por la gracia del Señor se levanta de nuevo. Necesitamos ser conscientes en la vida de la iglesia de que queremos llevar a todos con nosotros. Cuando el pueblo de Israel salió a la buena tierra, también había débiles, cansados y quizás un poco decepcionados. Los amalecitas iban tras este grupo. Ese es el enemigo. Por eso los débiles necesitan protección, pero a menudo nos olvidamos de ella.

Existe el peligro de que sólo nos preocupe nuestra espiritualidad. Queremos ser vencedores y alcanzar la meta. No está mal querer ser un vencedor. A la mayoría de nosotros nos gusta cantar la canción: “Quiero ser un vencedor”. Por un lado, es bueno que esta canción empiece con la palabra “yo”. Pero si el énfasis principal de toda la canción está en el “yo”, la postura ya no es correcta. Debemos dejar que el Señor enderece nuestra imagen de los vencedores. Tal vez pensamos que los vencedores nunca temen dar testimonio del Señor. O, pensamos que un vencedor es uno que siempre está delante y dirige la Palabra. En las Escrituras los ejemplos son muy diferentes.

La carta a Éfeso en Apocalipsis 2 está dirigida a la iglesia y por lo tanto a nosotros. Está dirigida a todos los miembros de la iglesia. El Señor no espera más celo y perseverancia de los vencedores. Espera que se vuelvan al primer amor. Esto significa que volvamos nuestros corazones al Señor. Hoy hemos cantado una hermosa canción acerca de nuestro primer amor por el Señor. Tal vez deberíamos leer esta canción unas cuantas veces esta semana, presentarnos ante el Señor y despertar nuestro amor por Él. Consideremos también la carta a la iglesia de Esmirna. Allí, vencer significa permanecer fiel al Señor en la angustia. Si otros hacen un chiste malo, puedo decirle al Señor interiormente: “Señor, estoy contigo. Quiero serte fiel”.

Vencer es algo bastante normal. Somos capaces de hacerlo a través del Espíritu en nosotros. El amor de Dios se derrama en nuestros corazones. Tenemos todos los prerrequisitos para amar al Señor con nuestro mejor amor.

En los próximos días, echémosle un vistazo a las siete epístolas y animémonos unos a otros a convertirnos en vencedores. Debemos ser valientes. Dios quiere animarnos.

Lo que Él ha dicho, eso permanece

A través del Antiguo Testamento vemos que hay momentos de ánimo y también momentos de desánimo. Dios lo sabe y por eso siempre da ánimo. Él nos anima más en los momentos más difíciles. En los profetas Isaías y Jeremías vemos tiempos cuando todo lo relacionado con el pueblo de Israel se veía realmente oscuro. Las tribus del norte ya habían sido deportadas por los asirios y los pueblos extranjeros vivían en Israel. Judá estaba a punto de ser deportada. En ese tiempo, Dios hizo grandes y maravillosas promesas a Su pueblo que alcanzan hasta el fin de los tiempos. Anuncian el regreso del pueblo y la reconstrucción del templo. Hablan de la venida del Mesías y de la salvación de las naciones. También podemos leer allí acerca de un hermoso templo futuro, cuya realidad podemos experimentar hoy. Dios siempre da ánimo. Esto estaba escrito para nosotros, y lo que Él dijo permanece. Las palabras de Dios están disponibles para todas las personas en su lengua. Estas palabras cambian el mundo y muestran el plan de Dios de una manera maravillosa. Lo que Dios ha dicho permanece y tiene un efecto. Podemos confiar en ello. Por lo tanto, es importante que volvamos a esta Palabra cuando nos desanimamos.

Nuestra actitud debe ser que tomemos la carga de Dios en Su Palabra. ¿Qué quiere decir Él con Su Palabra y qué hay en Su corazón? Queremos entenderlo y reconocer lo que Él quiere decirnos con Su Palabra. La Palabra se puede enfocar de otras maneras. Por ejemplo, si sólo quieres entender las correlaciones. No digo que eso sea malo. Pero cuando me centro en relacionar todo entre sí y encontrar un sistema, y cómo encajarlo todo, tendré grandes preocupaciones. El Señor nos ha dado una Palabra viva y no sólo un libro de texto. Él nos ha dado historias que siguen iluminando las situaciones en las que vivimos. Todos pueden recibir ayuda de esta Palabra en la situación en la que se encuentran. Es una Palabra viva. La ayuda viene cuando hablamos con el Señor sobre la Palabra y se la presentamos ante Él.

La oración de Daniel

En el capítulo nueve del libro de Daniel leemos la oración de Daniel. No hizo diversos cálculos, sino que fue al Señor con esta palabra. Volvió su rostro hacia Dios. No le preguntó al Señor en qué año estaban. Es impresionante

cómo viene a Dios con la Palabra. Esta larga oración, que es verdaderamente maravillosa, revela una preciosa relación entre él y Dios. Daniel toca lo que está en el corazón de Dios. Él toca el dolor y la ira de Dios hablando primero sobre los fallos del pueblo y su pecado. Toda la oración corresponde al deseo de Dios. Cuando leemos la Palabra, debemos asimilar los pensamientos de Dios. Daniel le habla a Dios de sus cosas particulares y conoce a Dios. A veces oramos de acuerdo a nuestros hábitos o como creemos que es correcto en esa situación. ¿Cuál es nuestra carga en la oración? Tal vez no siempre somos conscientes de con quién estamos hablando. Daniel tenía una relación personal maravillosa con su Dios. Ya había experimentado mucho con Él. De joven fue conducido a un futuro incierto. Se metió en muchos problemas. En todas estas dificultades se aferró a Dios y confió en Él. Le dio su vida, renunció a muchas cosas y asumió peligros. No amaba su vida. Su oración no trata del primer día del año 70. Para él, más bien, se trata de corresponder al Señor. Que todos nosotros, como hijos de Dios, cultivemos esta relación con nuestro Dios. Queremos tocar al Señor en aquello que realmente lo conmueve.

Pero algo maravilloso sucedió a través de la oración de Daniel. Cuando todavía estaba orando, Dios envió al ángel Gabriel. El ángel le dijo:

“Y me hizo entender, y habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado” (Dan. 9: 22-23).

Esta palabra del amado me recordó al discípulo Juan. Se dice que Juan fue el discípulo que amaba al Señor Jesús. Hay muchas teorías sobre esto. Para mí significa simplemente que Juan amó mucho a Jesús. Los otros discípulos también le amaban. Pero Juan lo amaba mucho. Esto es una relación recíproca. Daniel amaba a su Dios tanto como Juan. ¿Por qué llevó Daniel una vida así? ¿Creía que Dios se enojaría si hacía o no ciertas cosas? No creo que ese fuera su motivo principal. Seguramente, él guardó la ley, porque vivió en el Antiguo Pacto. Pero estoy seguro de que la clave no era guardar cada letra de la ley. Él era fiel porque amaba a Dios. Dios quiere que hagamos esto con Su Palabra.

Efesios 5:25 describe el tipo de iglesia que Dios quiere. Después de esta conferencia podemos tomar estos versículos y tener comunión con Dios acerca de ellos. ¿Qué movió a Dios a escribir estos versículos? También debería estar escrito en nuestros corazones.

Podemos experimentar ayuda y ánimo de la Palabra escrita. Pero esto sólo sucede cuando venimos a la Palabra de cierta manera, no como los escribas, sino como un discípulo que ama al Señor.

El hablar actual de Dios en la situación presente

Más allá de la Palabra escrita, hay un hablar actual de Dios para nosotros en cada situación. Esto puede suceder a través de la Palabra escrita, pero también a través de alguien que se levanta en la reunión y habla a través del Espíritu. En ese tiempo, en el tiempo de Esdras, Dios usó a los profetas Hageo y Zacarías. También hacemos bien en escuchar lo que el Señor dice a través de los hermanos y las hermanas. Estos hermanos no son Hageo y Zacarías. La Escritura es la Escritura. Es autoridad en sí misma, ha sido purificada setenta veces y no necesita examen. Pero todo lo dicho por los hermanos y hermanas necesita ser probado por el Espíritu. Cuando nos damos cuenta a través del Espíritu que lo que se dice es verdad, entonces debemos estar listos para aceptarlo de los miembros del Cuerpo. El Señor también habla a través de los miembros de Su Cuerpo.

Hageo y Zacarías hablaron en nombre del Señor. Dios envió dos profetas. Está escrito: será por boca de dos o tres testigos. Este es un principio de la actuación de Dios en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento. ¿Cuántos apóstoles había? Pablo nunca afirmó que sólo él hablaba la Palabra de Dios. Tampoco Pedro, Juan o Santiago. Todos necesitamos una corrección cuando hablamos. Nadie entre nosotros está al nivel de las Escrituras. Cualquiera de nosotros puede estar equivocado.

El hablar de Hageo y Zacarías fue una ayuda concreta para la situación en ese momento. Dios había despertado el espíritu y se entregaron a la edificación de la casa de Dios en Jerusalén. Estaban allí con todo su corazón. Habían soportado la enemistad de otros y actuado de acuerdo a la Palabra. El cuarto capítulo de Esdras describe cómo se separaron claramente de los pueblos que los rodeaban. En nombre del rey, vinieron y detuvieron la edificación por la fuerza de las armas.

Luego hubo un descanso por un tiempo. Eso fue una prueba para los corazones. No sólo fueron dos semanas o dos años, sino unos catorce años. En este largo tiempo otras cosas llegaron a ser más importantes. Tal vez pensamos que sería bueno hacer esto o aquello en la iglesia. Pero como no podemos, recurrimos a otras cosas. En esa época se construyeron casas para sí mismos, lo que también era necesario. Pasó el tiempo pero nunca era el tiempo para edificar el templo. Finalmente comenzaron a mejorar y a artesonar sus casas.

Dios habló en esa situación. Hageo 1 dice siete veces: “*Así dice el Señor*”. Siete veces habló el Señor muy claramente. Les mostró que habían tomado el camino equivocado. ¿Y cómo reaccionaron? No le dijeron a Hageo y

Zacarías: “Vosotros no tenéis nada que decir”. A menudo me ha hablado el versículo de Hageo 1:12:

“Y oyó Zorobabel hijo de Salatiel, y Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote, y todo el resto del pueblo, la voz de Jehová su Dios, y las palabras del profeta Hageo, como le había enviado Jehová su Dios; y temió el pueblo delante de Jehová”.

No hay nada mejor que podamos hacer que escuchar la voz del Señor. Siempre nos salvará del mal camino y nos llevará de vuelta a lo que es la voluntad de Dios. No fueron sólo unas pocas personas las que escucharon la Palabra. Todo el pueblo escuchó la voz del Señor. Dios despertó el espíritu de Zorobabel, el espíritu de Josué y el espíritu del resto del pueblo. Todos debemos ser despertados para la edificación de la casa de Dios. Pero la condición es que escuchemos. Debemos escuchar la voz del Señor y dejarnos corregir. La motivación de Dios también necesita una pequeña contribución de nuestra parte. Depende de a qué nos enfrentemos. Dios no podrá animarnos a edificar la iglesia mientras estemos completamente ocupados con los artesanos de nuestra casa y no pensemos en la iglesia. Si nuestras propias metas están en la cima de la lista de prioridades, Dios no podrá animarnos a edificar la iglesia. Dios quiere ver que nos volvemos y una corrección. Nuestra dedicación no debe limitarse al tiempo de la conferencia, sino que debe ser constante. El Señor quiere animarnos a hacerlo.

La preciosidad de Su presencia

En el capítulo 2, Dios da dos estímulos especiales:

“Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis” (Hag. 2:5).

No estamos hablando del pacto en el monte Sinaí. Para nosotros en el Nuevo Testamento se trata de la Palabra que el Señor dijo: “Yo edificaré mi iglesia y mi Espíritu permanecerá entre vosotros”. Sin el Espíritu no podemos edificar la iglesia, es incluso lo más importante. El Espíritu nos ayuda a arrepentirnos y a purificarnos. En nuestra vida diaria no somos conscientes de que el Dios vivo aquí en la tierra tiene una casa viva en la que Él está presente. Pero Su presencia no está disponible arbitrariamente. Ya en el Antiguo Pacto la presencia del Señor era el privilegio más grande del pueblo de Israel. Sin embargo, hubo una situación en la que Dios ya no podía soportar estar en medio de Su pueblo.

Cuando el pueblo en el monte Sinaí hizo la imagen del becerro, Dios dijo que ya no podía permanecer en medio de ellos, de lo contrario tendría que destruirlos. Cuando el templo fue construido más tarde, el Señor en Su gracia

llenó Su casa con Su gloria y habitó allí. Pero otra vez el pueblo se apartó de Su Dios, y Él ya no pudo soportar estar en medio de ellos. Dios es muy generoso. Él nos ama y es misericordioso, pero es Dios. Cuando ya no le permitimos permanecer en medio de nosotros, sale de Su casa.

Entonces el Señor Jesús le dijo a los judíos: *“He aquí vuestra casa os es dejada desierta”* (Mt. 23:38). Aún pensaban que su templo era la casa de Dios. Como tal, se había construido. Pero Dios ya había salido de la casa. Cuarenta años después de la muerte y resurrección del Señor Jesús, todavía mantenían sus actividades en el templo. Esta es una advertencia para nosotros de que no mantengamos una actividad en la iglesia sin la presencia de Dios y sin Su gobierno. No queremos una apariencia externa, necesitamos la realidad del Señor en todo. Su presencia es lo más precioso que tenemos. Démosle la oportunidad de llenar completamente nuestras reuniones. Oremos unos por otros, para que el Señor nos guíe a todos. Si todo depende de uno o dos hermanos y hermanas, entonces hay poca guía del Espíritu.

Dios cumple Sus promesas

La madurez se alcanza únicamente a través del Espíritu y en la confianza en nuestro Dios fiel.

Nuestro Dios tiene muy buena memoria. Aunque Él olvida nuestros pecados cuando nos arrepentimos. También deberíamos nosotros olvidarlos y no dejar que vuelvan una y otra vez. Pero piensa en lo que dijo nuestro Dios. En Lucas 1, Zacarías fue lleno del Espíritu Santo y oró:

“Bendito el Señor Dios de Israel, Que ha visitado y redimido a su pueblo, Y nos levantó un poderoso Salvador (Lit. cuerno de salvación) En la casa de David su siervo” (Lucas 1:68-69). Este cuerno de salvación es Jesús. *“Como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio; En santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días. Para hacer misericordia con nuestros padres, Y acordarse de su santo pacto; Del juramento que hizo a Abraham nuestro padre, Que nos había de conceder”* (Lucas 1:70-73).

El pacto con Abraham fue hecho hace unos 2000 años. Dios nunca ha olvidado este pacto y lo ha cumplido con la venida de Su Hijo. También pensó en Su pacto con David, a quien le promete Su gracia inquebrantable. Si a Dios le gusta algo, lo mantiene. Él es digno de confianza, incluso si el cumplimiento a veces toma mucho tiempo. Dios recuerda el pacto con Abraham y también el pacto con David. Si le damos espacio a Dios en nuestra vida de iglesia, entonces el edificio continuará y será completado. Pero si edificamos de acuerdo a nuestros propios estándares, somos

susceptibles los unos con los otros, o si queremos tener seguidores, el edificio será destruido. Démosle espacio al Espíritu para que complete la iglesia.

Isaías 55:11¹ me ha conmovido mucho, por cómo describe Dios Sus promesas allí. Lo compara con la lluvia que cae sobre la tierra y produce algo. Sus palabras tienen poder. Esto nos recuerda la Palabra que Dios habló en Su creación. Él Habló y sucedió. En este hablar estaba el poder creativo. En las promesas que Dios da, el cumplimiento, por así decirlo, ya está empaquetado. Sólo hay un tiempo entre la promesa y su cumplimiento. Pero ningún hombre puede impedir el cumplimiento, ni siquiera Satanás. En Isaías capítulo 53 hay una profecía maravillosa acerca de la muerte del Señor y sus grandes efectos. ¡Qué no ha hecho el diablo para evitarlo! Pero en vano. Es una tontería intentarlo. Pero también es necio no creer en el Señor. Él está edificando Su iglesia y las puertas del Hades no prevalecerán. El Señor completará Su iglesia. Creemos que esto sucederá con nosotros.

A.Kr.

¹ “Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”.

La restauración de la Casa de Dios en el libro de Esdras

VIII. Colaborar mediante la gracia para perfeccionar la casa de Dios

(Esdras 6:14-15, 22; Hag. 2:1-7; Zac. 4:6-10)

A. Dios fortalece nuestras manos para la reedificación

El Señor nos ha mostrado nuevamente lo que hay en Su corazón, aquello para lo que se ha entregado, para lo que ha despertado nuestro espíritu y quiere ganar todo nuestro corazón. En el Antiguo Testamento era Jerusalén y el templo, un cuadro de la iglesia, Su novia, la cual Él quiere edificar con nosotros hoy.

“Pero Sion dijo: Me dejó Jehová, y el Señor se olvidó de mí. ¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros. Tus edificadores vendrán aprisa; tus destruidores y tus asoladores saldrán de ti” (Isaías 49:14-17).

Cuando miramos la historia, a veces parece que el Señor se ha olvidado de Jerusalén. Permitió que Jerusalén y Su casa fueran completamente destruidas, pero Él no la olvida. La Biblia termina con la Nueva Jerusalén descendiendo del cielo de Dios como una novia ataviada, la morada de Dios con los hombres (Ap. 21:2-3). ¿Olvidará el Señor hoy que quiere edificar Su iglesia, Su morada entre nosotros? ¿Olvidará que quiere casarse y preparar una novia? No es posible que esto ya no sea importante para el Señor hoy. Aunque vemos mucha carencia externa, debemos estar completamente seguros en nuestros corazones y no dudar que Dios nunca abandonará Su plan y lo llevará a cabo hasta el final. Durante este tiempo, el Señor quiere animarnos a seguir edificando. Los versículos que leemos en Esdras 6 y en los profetas Hageo y Zacarías también nos hablan hoy, porque nos encontramos en una situación similar a la de los judíos de aquel tiempo.

La historia del templo en el Antiguo Testamento es para nosotros una imagen de la historia de la iglesia en el Nuevo Testamento. Bajo el rey Salomón se construyó un espléndido templo en Jerusalén, pero unos 370 años más tarde los babilonios conquistaron Jerusalén. La ciudad y el templo fueron destruidos y muchas de las personas fueron llevadas cautivas a Babilonia. Esta es la misma historia que experimentó el pueblo de Dios en el Nuevo Testamento. El testimonio de la primera iglesia en Jerusalén fue una expresión de la unidad y armonía de la nueva vida en Cristo, la cual, sin embargo, fue menguando hasta que al final se perdió durante muchos siglos. Finalmente, sólo había una iglesia universal Católica y grupos más pequeños de cristianos, pero el testimonio vivo de la iglesia local, como en Jerusalén al principio, no se podía ver.

Y así como el Señor, en el tiempo de Zorobabel y Esdras, despertó el espíritu de una parte de Su pueblo y se dispusieron a reconstruir el templo destruido en Jerusalén, así también en nuestro tiempo el Señor ha despertado a personas para la reconstrucción de Su casa, la iglesia. Él quiere llevar a Su pueblo de vuelta al glorioso testimonio de esta unidad, como se describe en los primeros capítulos de los Hechos de la iglesia en Jerusalén. Él quiere reunir y reconstruir a Su pueblo dividido y disperso sobre la base de la unidad como un candelero de oro en cada ciudad para la adoración en espíritu y verdad como le corresponde a Él.

Mantener un corazón para la casa de Dios y vencer la oposición

Todavía hay mucha oposición a la reedificación. El enemigo, con todas sus fuerzas, está muy activo intentando detener la edificación y evitar que se complete (Esdras 4:23). El enemigo se las arregló durante algún tiempo para desanimar al pueblo y paralizar la edificación. Y sus tácticas son las mismas hoy en día: está tratando de aflojar nuestras manos y asustarnos para que dejemos de edificar. Él quiere intimidarnos e inquietarnos para que empecemos a dudar de que el Señor realmente quiera edificar con nosotros; hay tantos problemas - ¿Dónde está el Señor? Luego vienen las distracciones y al final construimos nuestras propias casas y ya no nos importa la casa del Señor. Pero el Señor llama de nuevo:

“Así ha hablado Jehová de los ejércitos, diciendo: Este pueblo dice: No ha llegado aún el tiempo, el tiempo de que la casa de Jehová sea reedificado. Entonces vino palabra de Jehová por medio del profeta Hageo, diciendo: ¿Es para vosotros tiempo, para vosotros, de habitar en vuestras casas artesonadas, y esta casa está desierta?” (Hag. 1: 2-4).

Podemos llegar fácilmente a tales pensamientos: Todavía no ha llegado el momento de edificar. ¿Pero cuándo es el momento de edificar? *“Te levantarás y tendrás misericordia de Sion, Porque es tiempo de tener misericordia de ella, porque el plazo ha llegado. Porque tus siervos aman sus piedras, Y del polvo de ella tienen compasión”* (Salmos 102:13-14).

El Señor necesita personas que tengan un corazón para Su casa, que ninguna circunstancia externa pueda detenerles de edificar, y que superen toda resistencia. Si nuestro corazón ama sus piedras y tiene compasión de sus escombros, entonces el Señor podrá usarlos para la edificación. En los libros de Hageo, Esdras y Nehemías vemos que la obra del Señor no fue adelante porque el pueblo fue intimidado, luego sólo se ocuparon de sus propias casas y descuidaron la casa de Dios.

Dios dirige soberanamente las circunstancias y fortalece a Su pueblo por medio del hablar de los profetas

“Entonces se levantaron Zorobabel hijo de Salatiel y Jesúa hijo de Josadac, y comenzaron a reedificar la casa de Dios que estaba en Jerusalén; y con ellos los profetas de Dios que les ayudaban. En aquel tiempo vino a ellos Tatnai gobernador del otro lado del río, y Setar-boznai y sus compañeros, y les dijeron así: ¿Quién os ha dado orden para edificar esta casa y levantar estos muros. Ellos también preguntaron: ¿Cuáles son los nombres de los hombres que hacen este edificio? Mas los ojos de Dios estaban sobre los ancianos de los judíos, y no les hicieron cesar hasta que el asunto fuese llevado a Darío; y entonces respondieron por carta sobre esto” (Esdras 5:2-5).

En el segundo intento de continuar la edificación, experimentaron casi lo mismo que antes. Una vez más, los gobernadores que no simpatizaban con ellos quisieron detener la edificación. Pero el Señor veló por ellos soberanamente, y aun el rey Darío les ordenó a sus adversarios:

“Dejad que se haga la obra de esa casa de Dios; que el gobernador de los judíos y sus ancianos reedifiquen esa casa de Dios en su lugar” (Esdras 6:7).

Además, tenían que apoyar a los constructores con todo tipo de dádivas para que la edificación no se detuviera.

B. La reedificación se efectúa mediante el Espíritu y no por la fuerza humana (Zacarías 4:6-9)

1. No confiar en lo humano, sino confiar en Dios (Jer. 17:5-10)

La oposición es siempre una prueba para nuestro corazón. ¿En quién depositamos nuestra confianza? Cuando surge un problema y miramos las circunstancias y a los fuertes oponentes, esto puede desanimarnos a la hora de edificar. Tampoco queremos poner la vista en nuestra incapacidad o nuestra poca fuerza, sino poner nuestra confianza únicamente en el Señor y en el poder de Su fuerza. Hemos aprendido que: cuando confiamos en el Señor, Él testifica de Su iglesia: “Quiero edificar mi iglesia”. Las dificultades son una prueba para nuestro corazón. El Señor quiere que pongamos nuestra confianza sólo en Él cuando edifiquemos.

“Así ha dicho Jehová: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová. Será como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada. Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto. Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras” (Jer. 17:5-10).

El Señor aquí nos muestra una imagen. Por un lado un arbusto desnudo y por el otro un árbol plantado junto al agua. Ambas son plantas, pero la diferencia es la fuente de la que se alimentan. El árbol plantado junto al agua tiene un suministro constante desde el manantial. ¿Quién es esta fuente? Nuestro Dios es el manantial de agua viva (Jer. 17:13b). Si no nos aferramos a esta manantial, al Señor mismo, somos como una zarza en las estepas, en tierra árida. En algunas ocasiones puede ir bien, pero las estaciones secas son siempre una prueba que muestra dónde está nuestra fuente. Por eso el Señor nos envía las pruebas. Cuando la sequía llega a la vida de la iglesia, es hora de extender nuestras raíces al agua de nuevo y meditar en el Señor como nuestro manantial.

A raíz de esto, quiero contar una pequeña experiencia del último tiempo: fortalecimos nuestras manos para seguir edificando la casa del Señor en la ciudad donde vivo, en Aalen. Para alcanzar a personas para la edificación de la iglesia, impartimos algunas conferencias. Para nuestra decepción, hubo

poca respuesta. Fue bueno salir y hablar con la gente, el Señor ciertamente trabajó. El hecho de que no veamos inmediatamente un resultado es también una protección para nosotros, para que no nos jactemos de nuestro trabajo y nos envanezcamos. El Señor obra, trae gente, edifica, pero en Su sabiduría lo hace para que no podamos darnos gloria a nosotros mismos. Porque si hacemos eso, el Señor debe juzgarlo inmediatamente.

¿Recuerdas la situación en la que David reconoció dónde debía ser edificada la casa de Dios? Dios lo había bendecido, tenía un fuerte ejército y había ganado muchas guerras. Pero luego quiso contar su ejército para ver cuán grande era realmente su poder. David siempre había confiado en el Señor y no había buscado su propia gloria, pero aquí se elevó su corazón. Ya no estaba centrado en el Señor, y el Señor inmediatamente lo juzgó. Si algo se levanta en nuestros corazones y nos jactamos de nuestra habilidad y nuestro trabajo, entonces el Señor debe juzgarlo. La iglesia es el lugar donde mora la gloria de Dios. No puede haber gloria para los hombres. Cuando buscamos nuestra propia gloria en la iglesia, esto hace que el Señor esté celoso y atrae Su juicio.

“Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6).

La nota de la Biblia (alemana) de Elberfeld dice: “No por el poder del ejército y la habilidad humana”. Por un lado, el Señor dice: “Sé fuerte para edificar, luego dice, pero no con fuerza”. ¿Cómo es posible? Es un secreto. Necesitamos fuerza, pero no nuestra fuerza, debe venir del Espíritu, aquí está la fuente de nuestra fuerza para edificar la iglesia.

Me gustaría mencionar otro punto en este contexto:

“Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados. Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane. Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado” (Is. 40: 1-5).

El Señor le habló en aquel entonces a Su pueblo en Jerusalén, pero también a nosotros hoy, sobre todo para la edificación de la iglesia (cf. Mt. 3:3; Jn. 1:23). El Señor necesita un camino preparado hoy para ir adelante. Todo valle debe ser elevado y toda montaña y colina debe ser rebajada. ¿De qué montañas y valles está hablando el Señor? Estas montañas y valles están en nuestros corazones hoy, en los cuales el Señor quiere entrar.

En el tiempo de Hageo, el pueblo de Dios estaba desanimado y le faltaba la fuerza para continuar edificando. Estaban realmente en un valle. Hoy no necesitamos desanimarnos y sentarnos en un valle. El Señor dice: “Todo valle será elevado”, es decir, el Señor no quiere que ninguno de nosotros esté en el valle, que ni siquiera uno se desanime. El Señor quiere animarnos a todos. Todos los que han regresado a edificar deben estar motivados a continuar edificando. Confía en Él. Pero también es necesario que se humille todo monte y todo collado, “... porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación” (Lucas 16:15).

Todo lo que se eleva en nuestros corazones no es agradable al Señor, una abominación, y debe ser humillado. No es bueno estar en el valle, pero tampoco ser arrogante y pensar: “Soy importante”. El Señor no sólo dice todo monte, sino también toda colina. Tal vez no estés tan elevado. Hay algunas montañas que se pueden ver desde lejos, estas pueden ser personas representativas. Tal vez sólo haya una colina en tu corazón, no tan llamativa. Pero esto también debe ser humillado. El Señor quiere encontrar una manera de entrar en nuestros corazones.

2. Colaborar mediante la gracia

(Esdras 8:27; 1 Co. 15:10; 2 Co.12:9)

“¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura; él sacará la primera piedra con aclamaciones de: Gracia, gracia a ella” (Zac. 4:7).

El Señor hace de los montes una llanura, y ¿cómo hace para poner la piedra de remate? Él dice: Gracia, gracia a ella. ¿Cuánta gracia necesitamos?

“Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn. 1:16).

Ya hemos tomado mucha gracia en la edificación y todavía estamos tomando gracia. Permanecemos en esta fuente, en la corriente infinita de la gracia. Hay misericordia hasta que se ponga la piedra de remate. A través de esta gracia podemos trabajar juntos. Por esta gracia podemos ser perfeccionados. Es un secreto maravilloso que aprendamos a trabajar juntos a través de la gracia.

“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Co. 15:10).

Podemos pensar: Pablo fue particularmente grande, pero su nombre es: “Pequeño”. Lo que era, era por la gracia. Nosotros tampoco somos nada, y lo que somos lo somos por la gracia. Es bueno decir: “No soy nada, pero lo

que soy, lo soy por la gracia”. Cuando trabajo, no soy yo quien trabaja, sino la gracia de Dios conmigo. Vale la pena descubrir este secreto aún más.

“Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2 Co. 12:9).

No basta con conocer la gracia, también debemos tomarla en abundancia. Especialmente cuando somos débiles, podemos experimentar cómo la gracia nos fortalece y nos levanta. Somos débiles pero fuertes para la edificación. Pablo también reconoció esto y testificó francamente: *“¿Quién es débil sin que yo sea débil?”* (2 Corintios 11:29 LBLA). Sabía que era débil, y al mismo tiempo era muy útil para la obra del Señor. Conocía la gracia de Dios y el poder de Cristo, de los que siempre podía disponer. Ese es el secreto de la edificación. Aprendamos y practiquemos tomando abundante gracia en cada debilidad y situación. Ella es suficiente junto con el Señor para hacer y completar Su voluntad.

C. Colaborar en la casa de Dios para su perfeccionamiento nos prepara para la venida del Señor

“Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Hag. 2:6-7).

Los signos externos de este mundo, el desarrollo del Estado de Israel, y especialmente la edificación de la iglesia, apuntan a la venida del Señor. “No queda mucho tiempo”, dice la palabra. Pero, ¿qué significa para nosotros cuando vemos que el Señor quiere volver pronto? No se trata tanto de interpretar todas las señales. Más bien, queremos ver lo que el Señor quiere haber logrado al final de los días: Él quiere llenar Su casa, la iglesia, con Su gloria. El cielo y la tierra serán sacudidos, pero Su casa permanecerá. Si queremos estar listos para la venida del Señor otra vez, incluso preparar un camino para que Él venga pronto, entonces debemos edificar esta casa hoy de tal manera que Él pueda llenarla de Su gloria.

“Vino por segunda vez palabra de Jehová a Hageo, a los veinticuatro días del mismo mes, diciendo: Habla a Zorobabel gobernador de Judá, diciendo: Yo haré temblar los cielos y la tierra; y trastornaré el trono de los reinos, y destruiré la fuerza de los reinos de las naciones; trastornaré los carros y los que en ellos suben, y vendrán abajo los caballos y sus jinetes, cada cual por la espada de su hermano. En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, te tomaré, oh Zorobabel hijo de Salatiel, siervo mío, dice Jehová,

y te pondré como anillo de sellar; porque yo te escogí, dice Jehová de los ejércitos” (Hag. 2:20-23).

La edificación con oro, plata y piedras preciosas – el trabajo duradero - será recompensado

Si hoy edificamos la iglesia por la gracia del Señor con los materiales correctos, el Señor nos recompensará cuando venga.

“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego” (1 Co. 3:11-15).

Alabado sea el Señor, porque hoy podemos prepararnos de esta manera para Su venida.

Da.Sch.